



RATOS PERDIDOS

COLECCION DE ARTICULOS

DE

JUSTO

(F. DE SALES PEREZ)

2a EDICION

AUMENTADA CON NUEVOS ARTICULOS



CARACAS

TIPOGRAFIA EL COJO—ESTE 4, N. 14

1891

A MI ESPOSA

Cándida

Estos ratos son tuyos porque te los he robado.

Ojalá me produjeran alguna gloria para compartirla contigo, así como dividimos las penas y afanes de la vida.

F. de Sales Pérez.

INTRODUCCION

El inesperado favor que el público ha dispensado á la colección de artículos que le ofrecí bajo el título de « Costumbres Venezolanas, » me ha dado ánimo para presentarle esta nueva recopilación de mis « Ratos Perdidos. »

Si tienen mérito para conservarse en un libro, lo juzgará el lector.

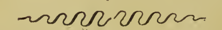
A mí me habría sido muy fácil hacerlas encomiar por un amigo. ¿ Quién no tiene un amigo que le escriba un prólogo ? pero me ha ocurrido la siguiente reflexión.

Si mis artículos dan sueño, los elogios del prologuista no despertarán al lector, y si han de divertirle, no hará falta ninguna recomendación.

Así pues, allá van, contando con la indulgencia del público tan benévolo siempre para conmigo.

No he guardado el orden cronológico en la colocación de los artículos, pero sí he tenido cuidado de ponerles á todos la fecha en que han sido publicados ó escritos, para que cada época cargue con las censuras que le pertenecen.

F. DE SALES PÉREZ.



LAS CUELGAS

En este mes que trae un dia de Dolores y otro de Mercedes, apenas habrá un padre de familia que no haya gastado una suma en *cuelgas.*

Esta consideración me ha sugerido la idea de escribir un juguete sobre el asunto.

La palabra *cuelga* es de nuestra propia invención.

Nos ha servido para enriquecer el idioma, y al mismo tiempo para empobrecernos nosotros.

Creo que la hemos derivado del

verbo *colgar*, y que se llaman así los regalos de días, porque, el que los envía, se cuelga, si es necesario, para no faltar: y el que los recibe, queda colgando por la retribución.

Antiguamente se llamaron *horcas;* lo cual comprueba, que en todos tiempos, estos obsequios han tenido alguna semejanza con el lazo que aprieta la garganta.

Pero no sólo el que envía y el que recibe el regalo quedan colgando; también suele quedar el que lo vende, sin tener ninguna culpa.

¡A cuántos quincalleros he visto renegar de los Santos!

Conozco uno que tiembla á la aproximación de uno de esos Santos populares.

El Carmen! Santa Isabel! suenan en sus oídos lo mismo que ¡¡El Saqueo!! Los Acreedores!!

Esos azafates llenos de costosos re-

galos, que en ciertos días cruzan la ciudad en todas direcciones, me dan mucho qué pensar.

—Cuál será el móvil?

—Cuál será el fin?

El dar no es natural en el hombre, mezquino y egoísta de suyo.

En la mujer, que es más ingénua que el hombre, puede ser alguna vez desinteresado: pero no siempre.

Dar puede ser–pedir.

Dar puede ser–pagar.

Dar puede ser–prestar.

Pero dar nunca es dar.

Hasta las dádivas de la caridad son interesadas, porque son créditos que se compran contra la Providencia.

Vayan algunos ejemplos.

Eres comerciante, y recibes algunas mercancías de lujo, paisajes, vírgenes y otras cosas raras, que deseas vender con buena utilidad: antes de ofrecerlas al público, envías *de regalo* un cuadro

al cronista del diario más importante —digamos LA OPINION NACIONAL.

—¿Eso es dar?

—Eso es pedir un suelto de recomendación que te ayude á vender los otros.

Te cura un médico y no te cobra, porque es pariente de tu mujer, y los primos de tu mujer deben servirte de balde, que bastante has hecho tú al casarte con la prima de ellos.

Tú quieres echarla de generoso, y para aprovechar unas monedas lisas, mandas hacer un freno, que él necesita, y se lo regalas.

—¿Le has dado algo?

—Mentira! le has pagado con cuarenta pesos una curación que valía doscientos.

Eres hacendado de caña, y tienes más semilla de la que necesitas, á tiempo que tu vecino está careciendo de ella. En lugar de botarla, se la

regalas, para que te desocupe el terreno.

¿ Eso es dar ?

De ninguna manera! es tenerla allá para cuando cambien las circunstancias.

Encuentras un niño huérfano y enfermo: instintivamente piensas en los tuyos, llevas la mano al bolsillo y le socorres.

¿ Eso es dar ?

—Eso es encomendar los tuyos á la Providencia; es pagar el dividendo de una póliza de seguros en favor de tus hijos; y como Dios es un banquero que nunca quiebra, no puedes poner tus fondos en mejores manos que en las manos del huérfano desvalido.

Los regalos son también el gran resorte de la corrupción

Detrás de toda sentencia injusta se encuentra siempre un regalo torciendo la conciencia del juez.

Un elector hallará siempre más méritos en el candidato de quien espere el mejor regalo.

Este mal es tan antiguo como el mundo.

Los regalos vienen del Génesis.

La seducción no ha encontrado medio más eficaz.

De ahí viene el refran–*dádivas quebrantan peñas.*

La manzana del Paraíso no fué otra cosa que el primer presente hecho por la primera mujer.

¡ Costoso regalo !

Todos los dolores del género humano salieron de aquella funesta manzana!

Pero los hombres nos hemos vengado de ese daño, y nos vengaremos hasta el fin de los siglos, empleando la misma arma–los regalos.

Desde que un hombre intenta la conquista de una mujer; desde que pretende cualquiera barbaridad, ca-

sarse con ella, por ejemplo, la primera manifestación que la hace es el regalo de una flor; de allí pasa á una fruta, no precisamente la del árbol prohibido, sino cualquiera otra, que todas, para este caso, son iguales á la manzana.

El aroma de esa flor y de esa fruta tiene algo de fascinador: algo como el veneno de la flecha de Cupido que hiere el corazón y trastorna la cabeza.

Este proceso aunque lento, es infalible, y tan conocido del lector, que prefiero abandonarlo, porque me voy perdiendo en ese laberinto de dádivas, donde se han perdido tantas mujeres y tantos hombres.

Mi ánimo era hablar de las cuelgas; de ese comercio obligatorio de regalos recíprocos, que, en determinados días, establece el afecto, ó más bien la etiqueta.

En realidad no es otra cosa que

un compromiso mútuo de comprar cosas supérfluas.

¡ Cuántas veces no se podrán comprar las indispensables !

Cada regalo que se recibe es un pagaré que se otorga.

Nada tienen de censurable esas demostraciones de cariño si se mantienen en un límite racional.

Pero visitad una casa en día de días y encontraréis—un tintero bellísimo donde nadie se atreverá á poner tinta.

Un tocador que no se puede tocar de puro mono é inútil.

Una polvera de cristal, y dentro ¡ qué polvo tan suave !—un reloj de oro.

Un ramo de flores que ocupa media sala.

Y por el mismo estilo, cien objetos que representan un valor que no tienen, y que cuestan un poco más.

Ahí está el mal !

La vanidad se sustituye al afecto, y entra á disputar la superioridad por lo valioso de sus obsequios.

En esa altura, un regalo, no puede ser un agasajo – es una imposición onerosa, es casi un agravio.

Casos conozco yo que han llegado á una extremidad ruinosa, y hasta vulgar, que es todavía peor.

La amistad, el amor y todos esos sentimientos sublimes que brotan del alma, probando su origen divino, no deben unirse nunca con lo material.

El sentimiento se rebaja sumado con el interés.

La ingenuidad es sencilla.

El lujo es inseparable de la soberbia.

Si una flor quiere decir—"yo te amo," una prenda de gran valor quiere decir—"yo te humillo."

El afecto que humilla no puede ser sincero.

Setiembre-1877.

LA INDUSTRIA DE CONSPIRAR

Los economistas dicen que trabajar es producir, y yo digo que destruir también es trabajar.

Hay gentes que viven únicamente de *levantarse*, y otras que viven de acostarse.

Al fin, el mejor oficio es el que produce mayor ganancia con menor esfuerzo.

Pero el oficio para que pueda constituir una carrera debe ser durarero.

En este sentido, la industria de conspirar no tiene rival.

A los conspiradores no les faltará

trabajo mientras haya Gobiernos que derrocar, aduanas que robar, ambiciosos á quienes alucinar y necios á quienes explotar.

Y como los Gobiernos, las aduanas, los ambiciosos y los necios son cuatro calamidades eternas, los conspiradores son los hombres de más porvenir sobre la tierra.

Tiene otra ventaja esta industria, y es, que se ejerce sin capital propio. Mientras más pobre esté un hombre, se encontrará en mejores condiciones para el negocio.

Siempre hay logreros que aporten los fondos, en calidad de socios comanditarios. Por supuesto que no dan la cara sino el día del triunfo.

El conspirador industrial los acepta con esas condiciones, porque él se conforma con ir viviendo cómodamente del dinero ageno, á reserva de tomar sus ganancias si las hubiere.

¿Quién no hace negocios así? Qué puede suceder?

En último caso, cuando la revolución fracase, entre derrotas espantosas, cuando los más incautos queden tendidos sobre su sangre, él quedará bien comido, bien bebido, bien equipado, con fondos de reserva y cuando más, en la cárcel.

Allí sigue explotando su industria.

Una señora, que conserva buenos recuerdos de otro tiempo, le manda la comida bien sasonada; los amigos le mandan cigarros y brandy, en previsión de que algún día triunfe; los cómplices se apresuran á mandarle dinero para que no los delate.

El, entretanto, está acumulando merecimientos para el día en *que se dé la suya*, y como *la suya* son todas las revoluciones pasadas, presentes y futuras, algún día tiene que *darse*.

Para aprovechar el tiempo, escribe

un diario de su martirio, que será su gran hoja de servicios en el porvenir.

¡Con qué colores tan tétricos pinta la prisión!

¡Qué carcelero tan áspero y tan ronco!

¡Y él, qué hombre de tanto carácter!

¡Con qué valor soporta sin quejarse, aquellos días sin sol y aquellas noches sin reposo, entre el *quien vive!* y el *alerta* de los centinelas!

Sin embargo de todo, es la temporada más feliz de su vida. Está gordo como un lechón. Nunca había fumado tan buenos puros, ni había dormido siestas más tranquilas.

Sólo una cosa echa de menos—las caricias de su Atala...

Pero en cambio, ¡qué versos tan patéticos le ha compuesto!

Nunca se siente un poeta más ins-

pirado que cuando le tienen *amarrado corto.*

Las mujeres que gustan de oír ternezas, deberían hacer porque sus amantes pasaran una temporada en la cárcel.

Pero volviendo á mi propósito; yo creo que hay individuos que conspiran únicamente para que los prendan. La cárcel es su aspiración suprema.

Yo conocí uno que andaba la seca y la meca, organizando una revolución. Comprometía á medio mundo, invocando, ya el honor, ya la amistad; excitaba, en unos la venganza, en otros la ambición, en otros la avaricia: en fin, arreglaba todo con la mayor habilidad.

Es bueno advertir que los gastos que hacía, y aún los que no hacía, eran por cuenta del comité.

Llegaba el día de dar el golpe. Pe

día uno de los puestos de más confianza, aunque no de mucho peligro: se le daba, por supuesto.

Recibía del comité documentos importantísimos, bagajes y dinero para racionar el ejército que debía organizarse.

Se despedía, trémulo de entusiasmo, jurando por su honor y por su dama que no volvería sino vencedor ó muerto.

Al llegar á la puerta se volvía para decir con César—*Alea jacta est!*

Al oír estas palabras, el viejo que presidía brotó dos lágrimas como dos huevos de perdíz.

Qué noche tan angustiosa para los que sabían los grandes movimientos que se estaban ejecutando!

Al amanecer salían los directores todos azorados, á buscar noticias y, cuando suponían á nuestro héroe del otro lado del Rubicón, ó de Anauco,

que viene á ser lo mismo, saben que está en la cárcel.

¡Qué ansiedad para el jefe del Comité, que le había dado papeles firmados por él!

¡Qué inquietud para el tesorero, que le había dado una suma considerable!

Pero ¡oh fortuna!—había mandado los papeles con otro—había dejado el dinero en manos de su mujer!

¡Cuánta previsión!

El temió que lo detuvieran; una fatalidad cabe en todas partes, sobre todo, cuando había escogido para salir furtivamente, la única alcabala que tenía retén!

Más todavía, si el retén hubiera estado dormido, él lo habría despertado para decirle adiós.

Su campaña estaba concluida—del comité al retén—primera etapa—del retén á la cárcel—jornada final.

Con la prisión quedaban en salvo el honor y el dinero.

La recompensa estaba asegurada con el martirio, si los más incautos llevaban la empresa á término feliz.

Qué le importaba la cárcel. Allí estaba libre de peligros y haciéndose hombre de importancia. Al fin y al cabo, algún día le sacarían de ella, mientras que no es tan fácil sacarse una bala cuando entra por la tetilla izquierda.

Después que yo he visto estas cosas, no me hace nadie entrar en una revolución.

Me falta añadir que sólo he querido pintar á los que han hecho una especulación de las conspiraciones:

Con el conspirador serio, que expone su vida por sus convicciones ó sus conveniencias, no he querido meterme.

Eso sería extralimitar los dominios de la crítica, y lo que es peor—invadir los de la policía.

Yo no quiero correr puntas con la gente que prende.

1883.

EL BUHONERO

VULGO QUINCALLERO

El personaje que me propongo presentar á mis lectores es extranjero, sinembargo, es un tipo tan común en el país, que puede tomar carta de nacionalidad.

El quincallero, (voy á llamarlo así para que me entienda la gente) es como si dijéramos—de *casa.*

En prueba de ello, él conoce todas nuestras casas, y las frecuenta más de lo que convendría á nuestros bolsillos,

El hombre más corto de vista puede conocer á un quincallero á trescientos metros de distancia.

Un ciego le conocería por el olor.

Ellos usan un traje especial, que si no es un uniforme precisamente, al menos dá cierta uniformidad al gremio, que lo distingue de cualquiera otro.

Todos usan un chaquetón negro y unos calzones color de polvo; ambas piezas de pana burda.

Con ese vestido salen de su país y con ese regresan.

Ellos traen á prevención un retazo para remendar los descalabros del tiempo; pero no de la misma tela ni del mismo color.

Raro será el quincallero que, después de algún tiempo de residencia, no lleve, en la parte trasera más visible, un guardapolvo azul.

Traen también unos zapatones,

construidos por el mejor herrador de su país, destinados á durar tanto como los piés, y un cachimbo de una vara de largo.

Al pisar nuestras playas, parece que les sale al encuentro la petaca y se les monta en la espalda.

Ellos vienen ya encorvados para recibirla.

Sus ojos no se levantan del suelo: están siempre buscando la pista.

Hábiles cazadores, van derecho á donde está la presa.

Su olfato está en los ojos.

Estos hombres recorren todo el país; de vereda en vereda van buscando los caseríos de las más apartadas montañas, sin consultar ningún mapa, sin preguntar á nadie.

La codicia se convierte en virtud; llega á lo sublime.

Veámosle llegar á una de esas cho-

zas aisladas, donde viven nuestros ignorantes labradores.

Buone giorno siñora ; comestate ; traigo guingalla, buona é barata

Después de este saludo y de una humilde reverencia, destapa la caja de baratijas.

Los campesinos la rodean llenos de admiración.

Ante todo saca un rosario de grandes cuentas y lo presenta quitándose el sombrero :

—*Son lácrima de San Pietro ; consagrato per Pio nono.*

Los campesinos besan el rosario sin atreverse á tocarlo.

—*La cruche é de plata* – añade el quincallero.

—¡ Ay que linda ! y bendita por el santísimo papa ! Eso debe valer mucho ! – dice la buena mujer, sin atreverse á preguntar por no cometer un sacrilegio.

—*Non siñora por tre peso, está barato.*

—Pero yo no tengo tanto.

—*Yo lo fio per due mese.*

La fisonomía de la mujer se ha iluminado repentinamente con la oferta del quincallero.

Desde que una cosa puede comprarse á crédito ya no parece cara.

La gente cree que los plazos no se vencen nunca, ó que el día de pagar llueve dinero, ó llueve candela para consumir al cobrador.

El vendedor y la compradora se entienden al fin, en estos términos:—diez reales de pronto y catorce dentro de dos meses.

Hecho este primer negocio, el quincallero dice en su interior—"me cuesta tres reales; lo vendo en veinte y cuatro; recibo diez, si no me pagare los otros, ganaré siempre siete *¡mode rata ganancia!*"

Después negocian algunas prendas, que son falsas y se venden por oro de 14 quilates.

Así queda aquella familia cargada de cosas supérfluas y adeudada, pero contenta y tranquila, porque hay dos meses de por medio para el pago.— ¡Dos meses tienen tantos días!

Pero los días pasan uno á uno.... Llega el día de pagar y el quincallero también llega, y no tan cariñoso como la primera vez, sino severo y exigente.

Ahora trae cara de acreedor, ó lo que es lo mismo, cara de palo.

No ha llovido dinero, ni quiere llover candela.

Es preciso pagar de cualquier modo, porque el quincallero se ha instalado en la casa como huésped, y hay que mantenerlo mientras no se le pague.

Por otra parte, el huésped se ha la-

vado la cara, se ha afeitado y se teme que se recorte las uñas; y hay una muchacha en la casa, y la casa no tiene puertas, y, aunque á estos hombres no se les puede levantar el testimonio de ser aficionados á las mujeres, un acreedor siempre es peligroso y una madre siempre es cavilosa.

Todo esto y los apremios del quincallero, deciden á la pobre mujer á entregarle la burrita en que hace sus diligencias, por el precio que pone el acreedor.

Pero la burra no alcanza y es preciso cargarla con todas las gallinas; y todavía falta un pico, y el italiano no quiere dejar picos pendientes.

¿Qué hacer?

El acreedor se antoja de la cotorra de la muchacha, su único entretenimiento, y es forzoso entregársela por el saldo.

—Gracias á Dios!—exclama la pobre mujer, al ver salir al italiano.

—Siquiera le quedó la hija!—digo yo.

El quincallero promete volver y vuelve en efecto, si no el mismo, otro ejemplar de la especie.

Estas escenas lastimosas se repiten con frecuencia en nuestros campos: Maldita industria! destinada á explotar no sólo la mercancía sino la inocencia!

1877.

EL BIBERON

Acabo de leer un artículo contra el biberón.

No voy á combatirlo ; pero creo que si el biberón para los niños puede ser funesto, no hay nada más suculento para los adultos que el biberón.

Conozco familias enteras, que no se alimentan de otro modo, gordas y rozagantes.

Individuo hay que ha llegado á los sesenta años pegado al biberón, á quien ni siquiera se le han fruncido los labios.

Y ay! si alguien pretende separárselo de la boca. ¡Cuántos lamentos!

—« Yo–exclama–que he sacrificado mi vida al bien público, que no me he separado un instante del servicio de la patria, y ahora me arrebatan el pan! ¡Oh recompensa de tanta lealtad »!

El lector habrá comprendido, so pena de ser un imbécil, que el biberón de que me ocupo es el presupuesto.

Este biberón universal es la gran causa generatriz de eso que se llama en el mundo *movimiento político.*

Cuando yo leo en los discursos y proclamas de los tribunos y patriotas de oficio, esas palabras de *Libertad! Derechos! Principios!* etc. de que se declaran campeones, pongo delante de ellas dos rayitas = y leo: « *sinónimos de biberón.* »

Cuando veo en algún periódico el

antiguo mote: «*Nos, pro patria, pro vita, pro libertate certamus,*» testo y enmiendo así: ¡*Nos, pro nobis, pro vita, pro biberone certamus.*

Sin embargo, no debemos dudar de los patriotismos ardientes, de las fidelidades insospechables, de las adhesiones incondicionales, ni de los principios inquebrantables; pero tomemos antes la precaución de ver si hay un biberón en la boca ó cerca de aquel que los decanta. ¿Le hay? Pues creedlo—ese hombre habla de buena fe.

Tampoco debemos pensar mal de esos otros para quienes no hay estabilidad, ni orden, ni progreso: para quienes toda medida es injusta y atentatoria, y la revolución, el único remedio de los infinitos males de la patria; pero observemos si tienen el biberón en la boca ó al alcance de la mano. ¿No le hay ni á

una legua de distancia? Pues no los culpemos—esos hombres dicen lo que sienten: hablan de buena fe.

Ahora probemos á hacer un cambio. Sacad el biberón de la boca de un amigo incondicional, y ponedlo entre los labios de un enemigo intransigente.

Oh metamórfosis maravillosa! El amigo se ha convertido en faccioso—el enemigo se ha hecho amigo incondicional.

De la prueba se deduce que toda incondicionalidad envuelve una condición:—el biberón—y toda intransigencia admite una transacción:—el biberón.

Esta regla tiene, como todas, sus excepciones.

No confundo al hombre serio, partidario ó enemigo por convicciones, con esos otros que se hacen partidarios por conveniencia, y que, como

los niños, se vuelven enfadosos cuando no están mamando.

Después que yo he visto claro estas cosas, no puedo menos que reírme de los principios y programas de las revoluciones que se hacen en este país.

Si yo fuera capaz de levantar una bandera revolucionaria, le pondría, en lugar de una lanza en el asta, un frasco con un pico de caucho.

Un estandarte, coronado por un biberón, es la única enseña que puede tener prosélitos entre nosotros, porque esa, al menos, no lleva el engaño entre sus pliegues.

Yo compondría además un himno de guerra así:

Allons enfants! au biberón!

No os dejéis engañar más. Cuando oigáis el grito de orden de toda revolución: *Abajo la tiranía!* sabed

que lo que quiere decir es: *Abajo el biberón!*

No hay nada más tiránico, ni más atentatorio que un biberón en boca agena.

Cuando griten: *Viva la libertad!* no creáis que se trata de la libertad política, sino de la libertad de *chupar*. Oh cara, oh sublime libertad! ¿quién no expone su vida por dar un chupón á gusto?

Si oís alguna vez reclamar el principio alternativo, sabed que la alternabilidad que se reclama es la del biberón.

Cosa admirable! Los defensores más vehementes de la alternabilidad, son sus peores enemigos cuando se pegan al biberón.

Acercaos á cualquiera de ellos, por defensor del principio que haya sido. Cuando lo veáis dormitado, jadeante, próximo á reventar de hartura, gri-

tadle en la oreja : ¡ *Viva la alternabilidad !* y veréis como se vuelve al otro lado, sujetando á dos manos su biberón.

El no puede hablar porque tiene la boca llena, pero en sus adentros dice : « Imbéciles ! ¿cómo pretenden que haya servidores leales y competentes, si cuando está uno tomándole gusto al oficio se lo arrebatan ? »

En tiempos pasados los hombres luchaban por su Dios y por su dama. Tiempos de inocencia !

En el día los hombres no combaten sino por el biberón. Ese es el Dios del siglo, y si no es la Dama precisamente, es el medio de alcanzarla.

Lograd un biberón hermoso, siquiera como un garrafón, chupad seguido y sin derrames, y os respondo de que llegaréis á ser otro biberón. Millares de hermosas se desvivirán por chuparos.

El biberón es como el maná de los israelitas. De su seno salen todos los gustos,—quien le consigue tiene todo.

Hay otros biberones además del presupuesto: una vieja rica, por ejemplo, es un biberón cuya leche está mezclada con acíbar.

Un viejo millonario, para una joven, es un biberón alimenticio, pero que huele mal.

Una bella y rica heredera es un biberón de cristal, lleno de ambrosía, pero que puede acidularse si no se trata con esmero.

Un amigo generoso es un biberón de gran mérito, sobre todo por lo escaso.

Compadezcamos al hombre que por necesidad, por pobreza de espíritu ó perversión de ideas, abandona la senda fácil del trabajo que independiza y ennoblece.

Ese es el surtidor inagotable que no nos rebaja nunca, ni tiene acíbar, ni mal olor, ni se acidula, ni se escasea; el único que se liba, como el seno maternal, con la frente levantada y sin zozobras!

1883.

DON FACUNDO

TIPO NACIONAL

Don Facundo es un viejo pando, cuya barriga llega á todas partes un poco antes que él, que habla siempre á gritos y por lo regular de sí mismo, encomiando sus servicios á esta patria y quejándose de la ingratitud de sus conciudadanos.

El habla con esa seriedad que se parece á la convicción, y que persuade á la gente que no tiene la costumbre de ir al teatro.

Hace pocos días que estaba en las cercanías del mercado, en medio de un gran círculo, accionando con el bastón.

—« Para mí, ante todo está el deber.

—« No hay sacrificio que yo no haga en aras del deber.

—« A esa austeridad de mi carácter debo la reputación y el inmenso crédito de que gozo en Caracas.»

La gente que le rodeaba estaba llena de recogimiento y admiración; pero ninguno estaba tan admirado como yo, que conozco á Don Facundo desde que nací.

¿Saben ustedes lo que él llama Deber?

—No pagar!

Y eso es tan sagrado para él, que nunca ha pagado nada.

¿Saben ustedes cuál es el sacrificio que él hace en aras de ese deber?

—El de sus acreedores!

¿Saben ustedes por qué cree él que tiene tanto crédito?

—Porque le debe á todo el mundo!

Sin embargo Don Facundo es un hombre que recibe atenciones en todas partes y que ha ejercido muchos empleos públicos, y algunos hasta de confianza.

Verdad es que él pide prestado y no devuelve, pero también es verdad que quien le presta, sabe que su dinero está tan seguro como si lo tuviera enterrado y no recordara el sitio.

Cualquiera temerá que llegue un día en que Don Facundo encuentre las puertas cerradas.

Pues no señor.

Eso le sucedería si fuera comerciante, agricultor, médico, artesano ó ejerciera alguna industria, pero él no tiene ni ha tenido nunca oficio.

Su profesión es la política—con ella ha vivido anchamente.

Parece mentira lo que voy diciendo, pero no hay verdad más grande.

Una opinión política en estos países, liberal ó no liberal, manejada con habilidad es un patrimonio.

Esa es la riqueza de Don Facundo.

Cuando manda su partido ó el círculo de su influencia vive del presupuesto.

Cuando no manda, vive de los contribuyentes.

Su opinión pues, equivale á una hacienda de cacao en tierra fértil.

Si llueve, carga en las ramas.

Si no llueve, carga en el tronco.

He dicho que él no ha hecho nunca nada, ni siquiera versos, que es la ocupación de los desocupados, pero todo su tiempo lo ha empleado en imponerse á los que mandan, con hala-

gos ó gruñidos, y en amedrentar á los que no mandan.

El es áspero, insolente, chismoso, en una palabra - es un hombre que da miedo.

No hay que decir más—desde que un hombre da miedo, consigue que le den á él todo lo que pide, y algunas veces más.

Don Facundo tiene partido; es hombre de círculo: como todo calumniador, como todo hombre de ideas incendiarias, encuentra siempre auditorio.

Sin embargo, es inepto, cobarde, incapaz de tomar ninguna iniciativa.

Estos hombres son como esos maderos vanos y voluminosos que arrastran los ríos en las grandes avenidas.

Por lo mismo que no tienen peso, sobrenadan, y en cualquier estacada ó remanso se detienen.

Todas las basuras y ramos delgados

que vienen detrás se van apoyando en el madero.

Al fin se forma un promontorio que rebalsa la corriente é inunda las sementeras.

Al desprenderse el dique, la corriente detenida arrasa cuanto encuentra por delante.

¿Qué es el tronco podrido, que no sirve ni para leña?

—Nada, pero ha servido de núcleo para constituir una fuerza y hacer daño.

He aquí á Don Facundo.

Así se explica la posición que ocupa en la política.

No es una figura, pero es un peligro, y él sabe explotar el temor que infunde, así entre los hombres del Gobierno como entre los ciudadanos.

El se apellida *liberal* para revestirse con el gran prestigio de las ideas del siglo, pero él de todo tiene menos de liberal.

El partido le arroja migajas para adormecer su encono y encadenar su lengua, pero no le reconoce.

Porque el partido que tiene por enseña el progreso y la civilización: que ha luchado un siglo por destruir toda preocupación y todo señorío para establecer la igualdad de los derechos:

que conquista voluntades con sus doctrinas, y no por la fuerza:

que ha inundado de luz todos los horizontes

y que marcha á banderas desplegadas, dejando ruinas donde quiera que encuentra errores y tiranías, no puede dar carta de naturaleza á esos hombres funestos, opresores y cargas de la sociedad.

Demasiado hace con tolerar sus escándalos y dejarles manchar su nombre.

1878.

LOS PELIGROSOS

No hay lugar donde abunden más los hombres peligrosos que en Caracas.

Puede decirse que los produce la tierra, así como brota Coro los cardones y oro la Guayana.

Los hay de todas clases—unos que atacan el bolsillo (Dios me salve el lugar) otros que matan, otros que deshonran, otros que delatan á quien les cobra ó no les presta, y otros en fin, que no hacen nada.

Estos últimos, que parecen los más

mansos, son precisamente los más peligrosos; porque el que no hace nada, está en capacidad de hacerlo todo.

Esta clase se subdivide en dos:—los ociosos pobres, á quienes la ley persigue por vagos,—y los ociosos ricos, á quienes la sociedad distingue con el título de caballeros.

Los primeros persiguen á los hombres; los segundos á las mujeres: á estos consagro el rato.

Tal cual conquista, hecha ó por hacer, les ha valido el nombre de *peligrosos.*

Para ejercer el oficio de peligroso, no se necesita ser rico; basta gastar un poco de dinero y no tener ocupación.

Tampoco es preciso que el dinero sea propio; si es ageno, es mucho mejor, porque se tira con más desparpajo; se luce más y duele menos,

si es que puede doler algo lo que no nos cuesta nada.

El peligroso verdadero, el que no es bastardo, debe contraer deudas y aumentarlas todos los días.

Si las pagara, dejaría de ser peligroso.

Es necesario que adquiera el hábito de no restituir, porque le llegan casos en que es imposible toda restitución.

El que no sabe engañar á los hombres, es incapaz de engañar á las mujeres.

Para sentar plaza de *peligroso*, es preciso tener, por lo menos, un caballo. Es oficio de caballería: se debe estar más alto, hacer más ruido y andar más á prisa que los demás.

Es preciso ir todas las tardes á decir alguna gracia á la hija de la lavandera, que vive en el barrio de Ñaraulí, y de allí volar hasta San Juan,

á ver una viudita, que mueve la cola alegremente, y de quien puede sacarse algún partido. Después hay que remontar hasta la Trinidad, para hacer un galanteo á la heredera de una bonita renta, y de una historia fea, que bastaría para deshonrar á cualquier pobre. De allí hay qué descender hasta Santa Rosalía, para ver, por piedad, á la que gusta sinceramente, pero que se desecha como mal pensamiento, porque es pobre de dineros, aunque rica de virtudes, y luego hay que saludar, de ventana en ventana, á una docena de coquetillas, que tienen postizos los cabellos, el color de la tez y otras cosas. Y luego hay que recorrer todas las calles, para ver quién se prenda de tanto estilo como tiene el caballo, y tanto garbo el que lo monta, desplomado sobre un estribo, afectando un aire de gaucho civilizado, ó de picador de escuadrón.

Pero no bastan el caballo y las trampas para ser *peligroso*, se requiere además, buena estampa, flexibilidad y talento para el oficio.

La instrucción y las buenas maneras no son indispensables. – Sienta bién á un hombre que tiene las otras cualidades, algo de rusticidad y un poco de ignorancia. – A las mujeres, sobre todo, las encanta el hombre crudo.

El peligroso está en todas partes, pero muy particularmente en los bailes – El se dá sus artes para hacerse convidar á todos.

Nadie le quita la pareja más hermosa. El pone siempre la figura de la danza y la primera tanda en la cuadrilla, y dirije el cotillón, y regaña al ama de la casa. – Maneja el abanico como una andaluza, y no le suelta nunca : cuando sopla una vez

á la pareja, se sopla él mismo cuatro veces y siempre está fresco.

Baila con gracia y oído, defiende su pareja de todo choque, y él choca contra todo el mundo. Allí es verdaderamente peligroso.

Mitiga siempre la sed con cerveza, y se regenera con brandy; pero no flaquea nunca, porque tiene buena cabeza y tacto para detenerse á tiempo.

En los entreturnos se pasea por la sala, llevando del brazo á una dama que lo haga lucir por su belleza, lujo ó coquetería, y le habla siempre con malicia y en lengua extranjera, cuando sabe alguna, para que el público piense cualquier cosa: su propósito es que se hable de él, bien ó mal es lo mismo, con tal que se hable, y que se le crea cupido afortunado.

El peligroso prefiere que todo el mundo le crea favorecido por una

mujer, siendo mentira, á ser realmente favorecido, sin que nadie lo sepa.

Su placer está en que lo crean dichoso, no en serlo. El escándalo es lo que satisface su vanidad.

Cosa admirable. — La fama de conquistador, que debiera hacer á un hombre temible y repulsivo, hace que las mujeres sean débiles con él.

Por fortuna la vida del peligroso es muy corta : el que más alcanza veinte años de triunfos, de los 19 á lo 39. Regularmente no los completa, por que se cansa, ó cae en la trampa del matrimonio, las más veces *in artículo mortis*, hallándose él en perfecto estado de salud y la novia casi, casi.

Pero si no vienen el cura, la miseria ó el reumatismo á sacarlo de la escena, llegan esos cuarenta años, como cuarenta demonios, armados de patas de gallina, y canas, y juanetes, y verrugas, y calvas, y manchas, y

antiparras, y le ponen, por fin, la coroza de solterón, y lo empujan los que vienen detrás, y se burlan de su piropos las casaderas, y le menosprecian las polluelas, y tiene que asilarse casa de aquella hija de la lavandera que entretuvo sus primeras mocedades.

Y cayó el telón.

Valencia—1885.

LA INUNDACION DEL PUENTE NUEVO

Siempre le he tenido recelo á Caroata.

No era posible esperar que su mansedumbre fuera eterna.

Ese pobre riachuelo tiene razón para estar muy enojado con Caracas.

No hay suciedumbre que no se arroje á sus márgenes: toda cloaca inmunda va á adulterar sus aguas.

Es el único río á quien ningún poeta ha podido llamar transparente; á quien se ha privado del derecho de

murmurar, y que en cambio, carga con todas las murmuraciones de un pueblo.

Sus márgenes no han brotado jamás una flor, como no sea esa especie de hongo blanco que nace en los muladares con forma de paraguas.

Arvelo, el único poeta que se atrevió á nombrarlo, dijo que arrastraba *líquida mirra.*

Caroata es el ludibrio de la capital.

Si necesitais un esqueleto de burro, algunas docenas de gatos, perros, gallinas y ratones muertos, id á Caroata y cargaréis un carro.

Si queréis los colchones en que ha espirado algún ético ó leproso, allí los encontraréis.

Hasta la moral ha huido espantada de las cercanías del inmundo riachuelo.

Todas esas mujeres que vivaquean por las inmediaciones de los cuarte-

les y que se distinguen de las otras, en que tienen los ojos como dos brasas; la nariz lustrosa, y encarnada como un pimiento; los labios reventados; los cabellos sueltos hácia atras; el pecho y la espalda descubiertos; un pañuelo terciado sobre uno de los hombros, fingiendo el deseo de cubrirlos; la bata á medio cerrar, con una cuarta de menos por delante y dos cuartas de cola arrastrando; que caminan con una desenvoltura chocante y llevan siempre en los labios una sonrisa infernal, puede asegurarse que tienen su caverna en los escondrijos que rodean á Caroata.

Aquel es el teatro constante de todo género de escándalos; allí llueven del cielo las palizas y las cuchilladas, y el eco de los gritos del infierno resuena sin cesar entre aquellos barrancos tenebrosos.

Si la policía fuera capaz de desve-

larse por algo, con sólo Caroata tendría para no dormir jamás.

(Este rasgo satírico no se dirige á los celosos jefes de la policía: en cuanto á los subalternos, les dejo el derecho de decir que la soga siempre quiebra por lo más delgado.)

Dichos ya todos los ultrajes que pesan sobre Caroata ¿qué tiene de particular que el día que consigue un buche de agua prestado con qué lavar tanto agravio, aviente las narizes, cierre los ojos y se lleve por delante todo lo que encuentra, sin miramiento alguno?

Esto es lo que ha sucedido el 3 del presente, después de 30 años de resignación.

No podemos quejarnos de un rio que sólo se irrita tres veces en un siglo.

Pero al recorrer el campo del desastre, no puede uno ménos que rebe-

larse contra la injusticia de la suerte, encarnizada siempre contra la inocencia!

¿Qué daño habían causado aquellas pobrecitas mujeres, vecinas del Puente Nuevo, para ser lanzadas de sus hogares, con violencia tal, que apenas pudieron salvar á sus hijos, abandonando á las iras del torrente su mezquino ajuar, única riqueza que poseían?

Y Heraclio Guardia, mi excelente amigo, que había concentrado las úlmas fuerzas de su juventud, todas sus privaciones y desvelos, y hasta sus sueños de poeta, para construir un hogar modesto, rodeado de flores y de árboles hermosos, plantados por su mano, á cuya sombra esperaba descansar los últimos años y entonar sus últimos cantos; ¿en qué pudo provocar las furias de ese río, para que en una hora fatal destruyera el afán de

largos años y la más acariciada de sus esperanzas?

Y Meneses, tan digno de mejor suerte por su honradez y laboriosidad?

Y tantos otros á quienes no conozco, pero que no por eso excitan menos mi conmiseración?

El Gobierno, al reparar los daños que han sufrido las obras públicas, debería tender su mano protectora á las desgracias particulares.

Esa es la atribución más augusta que tiene el encargado de velar por la salud pública.

¡Cuán satisfactorio sería para mí el haber contribuido con estas líneas á consolar una aflicción!

¡Lo que es el mundo!

Las catástrofes son las fiestas de los que no participan de sus rigores.

Media hora después de la tormenta se notaba en la ciudad una agitación muy parecida á la alegría.

Centenares de carruajes descubiertos, cargados de damas y caballeros recorrían las calles visitando las ruinas.

Las avenidas del Puente Nuevo eran estrechas para contener la gente que afluia sin cesar.

Y no se contentaban con ver los escombros; necesitaban internarse en ellos y palpar todos los detalles para quedar satisfechos.

Cualquiera habría dicho que buscaban cadáveres!

Yo creo que, después de ver todos los estragos, la gente se retiraba con una tristeza mayor que la que le habían inspirado tantas desgracias—la de no encontrar algo más que ver!

No es que yo acuso de cruel al corazón humano, sino extraviado, por la curiosidad y por el deseo de emociones.

Tampoco le defiendo, pues tengo

observado que, en general, el hombre se afana por hacer un mal, al paso que, sólo hace un bien, cuando no le cuesta ningún trabajo ó cuando no puede evitarlo.

No calumnio ni invento–yo estudio.

Si se me midiere con la misma vara y se me atribuyeren los mismos extravíos, sólo responderé: –«Hombre soy.»

Octubre 6 de 1878.

UN HOMBRE FELIZ

(Á S. GONZÁLEZ GUINÁN)

Yo he dicho que el único defecto que me falta para ser un hombre sin tacha es tener envidia.

Hoy declaro que he llegado á la sublime perfección—no me falta ningún defecto—ya tengo envidia también!

Pero mi envidia no es aquella que llama Ripalda *tristeza del bien ageno*, sino el deseo de ser tan pacífico, tan modesto y tan conforme, como un hombre á quien conozco desde mi ni-

ñez, y cuya felicidad no ha llamado mi atención, sino cuando la he contemplado desde esta árida roca, donde el torbellino de los negocios de la vida me tiene como enclavado, para resistir el huracán furioso de las pasiones, las ruindades, las inconsecuencias y las miserias de los hombres.

Cuando yo veo el hombrecito de quien me ocupo, cuya calva no dista del suelo más de cuatro pies, y cuya ambición está al nivel de su cabeza; que no levanta jamás la vista para reclamar ó autorizar un saludo, ni se inclina ante nadie para tributarle un homenaje; cuando le veo entre el bullicio de las calles, andar tan despreocupado como si estuviera solo en el mundo, sin más compañía que el invisible ángel de su guarda, sin más cuidado que el de no dar un tropezón, no puedo menos que decir en mi interior ¡quién fuera ese hombre!

Yo no quiero decir su nombre por respeto, aunque él comprenda que no tengo intención de mortificarle y me perdone el atrevimiento de elegirlo para tema de mi artículo.

¿Quién no conoce á un excelente sujeto que ha pasado medio siglo de su vida, al frente de una frutería á inmediaciones del Mercado de Caracas.

Es un hombre tan popular que nadie le conoce sino por su nombre de bautismo. No tiene ni siquiera *Don*.

En su casa no se respira más que el perfume de las azucenas que adornan sus aparadores, y el de las variadas frutas que los llenan.

Así me figuro yo su alma, llena del perfume de sus virtudes sencillas, y rodeada de una aura de paz, que no disipa ninguna contrariedad, que no turba ningún anhelo, ninguna pasión.

Su trabajo es fácil y seguro. El

despacha al uno la refrescante horchata de guanábana ó de sabroso tamarindo, al otro las deliciosas tunas, y al polluelo imberbe, el sonrosado durazno, que ha de expresar la primera frase de una tímida declaración de amor.

Y así pasa sus horas, entre parroquianos mansos como él, que no arman pendencias, ni establecen tertulias, ni pronuncian discursos, porque jamás se excitan con sus deleitosos refrigerantes.

Todos ellos pagan los mezquinos centavos que valen sus consumos y á ninguno le ocurre abrir una cuenta para no cerrarla nunca. ¡Es tan humillante deber poco!

Mi héroe no tiene libro de cuentas, ni acreedores que lo atormenten, ni deudores que lo aflijan.

Sus cálculos son fáciles, y la prác-

tica de su negocio le ha enseñado á no necesitarlos.

El no tiene nada que combinar para mañana, porque todas sus operaciones son iguales: un día no se diferencia de otro, sino en que uno se llama lunes y el otro martes.

En sus negocios no influye ni la crisis económica, ni los cambios de gobierno.

Para él no hay más cambios que los atmosféricos y su termómetro está en los envases de sus horchatas—cuando bajan los frascos, es señal de que ha subido el centígrado.

Entonces exclama—¡Buen tiempo!

El no sabe lo que quiere decir letra de cambio, ni movimiento bursátil, ni socio comanditario, ni compañía anónima; ni le importan un comino los interesantes boletines de la Agencia Pumar.

El no sabe más que el tiempo en

que bajan las fresas de Galipán, las parchas de la Colonia, los duraznos de la Sabaneta, las manzanas de Petaquire, los membrillos de Aguare, las piñas del Hatillo, los melones de la Costa y las patillas de Ocumare.

He ahí toda su ciencia; con la ventaja de que no se ha quemado las pestañas, como don Simón para aprender á redondear sus picantes letrillas, ni ha pagado maestros, ni perdido tiempo.

Desde que comenzó su aprendizaje ha ganado para vivir, si nó con landó, lacayos y boato, al menos sin trampas, ni afanes, ni desvelos, ni zozobras; en el tranquilo apartamiento de un hogar apacible, desconocido de los grandes, desdeñado de los pequeños y cuya puerta es ignorada, así de los que adulan como de los que persiguen!

¡Oh mortal afortunado! yo envidio

la sencillez de tus costumbres, y el sendero sin espinas que vas transitando por el mundo.

Pero si estoy engañado, si llevas las espinas en el alma, si tu cuerpo sufre dolencias agudas, si tienes deseos no satisfechos, esperanzas burladas y desengaños amargos, no me saques de mi dulce error, déjame gozar la dicha de creer que hay un hombre feliz sobre la tierra!

LA ELECCION PRESIDENCIAL

CARTA PRIMERA Á ANDRÉS

Estamos en vísperas de poner término á la gran campaña eleccionaria.

Es la primera vez, desde que tengo uso de razón, que, tres días antes de la elección, no se conozca á punto fijo el resultado.

Tal incertidumbre honra al Gobierno que ha presidido las elecciones y hace pensar bien de este pueblo.

Lo gracioso es que Alcantaristas y Zavarcistas, usando el orden alfabético, como ha dicho alguien, están respectivamente seguros del triunfo.

Cada bando cuenta con quince votos seguros en el Congreso, de donde resulta que son treinta diputaciones.

Yo he estado creyendo hasta ahora que los Estados eran veinte, sin contar el Distrito, pero, por lo que voy viendo, ya tenemos veinte y nueve.

Qué prodigio Andrés! como va creciendo el país!

Eso se debe sin duda á la inmigración, que se va acumulando y formando entidades políticas.

No es posible creer que sea un error de cuenta de los partidarios fervorosos, porque estos señores, antes de pensar en un candidato, sacan muy bien sus cuentas, y es, en vista de sus resultados, que fijan su opinión.

No hay duda; deben ser veintinueve Estados.

Pensar que las distintas diputaciones de los Estados halaguen á los unos y á los otros con ofrecimientos equívocos, sería poner en duda el carácter firme y serio de los hombres que vienen á ejercer los poderes de millares de ciudadanos.

Si una diputación fuera cosa que se pudiera comprar, podría pensarse que había algunos especulando con ambas partes, y que esperaban el último momento para favorecer al que pagara mejor.

Pero; vive Dios! que me espanto hasta de pensarlo, cuando yo sé que un diputado es invendible, incomprable y hasta inmune.

Deben de ser veintinueve Estados, y si resultan veinte, es preciso creer

que cada uno tiene voto y medio, y de ahí viene esa trabacuenta que me tiene todo confuso.

Los corifeos de uno y otro bando están como los galleros, apostando doble contra sencillo.

Yo voy á apostar cien libras contra doscientas á favor de cada candidato.

Con cualquiera que gane, tengo hecha mi utilidad. Allá te mandaré el barato.

Esto es divertido para el que ve la riña ganando con cualquier gallo.

Yo gozo hablando con todos los círculos, y hasta me entusiasmo cuando oigo las nuevas medidas que van á decretar.

No vayas á pensar que van á cambiar los metros por varas y los litros por botellas: son medidas de progreso, de bienestar general: cosas estu-

pendas, son, en fin, promesas de la víspera que no dejan nada que desear.

Ayer me decía Don Bruno, ponderando lo que iba á ganar el país con el triunfo de su candidato:

—Yo tendré una aduana y otra mi hermano y otra mi hijo, y hasta mi mujer tendrá colocación en el nuevo Gobierno.—

Supongo que la harán preceptora, que es para lo que puede servir una mujer de cincuenta años y sin ninguna educación.

De todo esto deduzco yo que el nuevo orden va á crear un millón de empleos para que nos acomodemos todos.

He aquí lo que hace falta—empleos y buenos sueldos para salvar la agricultura y las artes y para que la cría, especialmente la de mamíferos, se desarrolle admirablemente.

Ambos partidos formulan el mismo

programa, como sucede siempre en las contiendas civiles.

Los hombres están de acuerdo en lo que constituye el bien de los pueblos, y en la manera de hacerlo; sólo difieren en cuanto á los ejecutores.

Cada partido quiere la gloria de hacer la dicha de su contrario; en la suya no piensa jamás, porque entonces no habría generosidad sino egoísmo.

Esa noble disputa de quién hace feliz á quién, es lo que ha inundado de sangre los pueblos desde que existen los gobiernos electivos.

Eso es como si tú, deseoso de mi bienestar, quisieras comprar una hermosa casa para regalármela; y yo propusiera la compra de la misma casa para regalártela á tí, y trabáramos una disputa por anhelar cada uno el bienestar del otro; y viendo que no podíamos entendernos, porque

ninguno de los dos se resignaba á sufrir la dicha que el otro le prometía, nos diéramos de cuchilladas, y uno de los dos mandara á su ingrato contendor á gozar la felicidad eterna, por haber rehusado la temporal, ofrecida tan generosamente.

Pero no temo yo eso en el presente caso, porque el país quiere paz y debe ser bastante fuerte para dominar la anarquía.

Y si no lo fuera, habría que renegar del buen sentido, y pensar que andábamos como buque desmantelado á la merced de las olas.

Habría que creer que una revolución radical, que ha destruido todo lo viejo para fundar una sociedad nueva, sobre bases de estabilidad y de órden, era infecunda en sus resultados.

Yo, que soy una de los escombros derrumbados, me he consolado en la

derrota, esperando tener parte en la cosecha de prosperidades que vamos á recoger.

Si es un error, quiero vivir en ese dulce engaño.

No quiero adivinar el infortunio.

La venda que Dios ha puesto en los ojos del hombre, es el don más precioso de su misericordia.

1877.

LA ADORACION PERPETUA

La ociosidad fué en tiempos antiguos madre de los vicios, pero en el día, la civilización ha arrebatado esa funesta maternidad á la pereza.

He leído en alguna parte que la cultura de un pueblo puede medirse por el relajamiento de sus costumbres, de donde saco esta deducción—el hombre es peor, á medida que adelanta más.

Vengo diciendo todo esto para pro-

bar el adelanto de Caracas por un medio muy sencillo.

El partido que gobierna el país desde 1870 nos pone de manifiesto los palacios, los ferrocarriles, los acueductos, los templos, los paseos, los monumentos, y demás obras realizadas en su época, y, poseído de un orgullo, que considero legítimo, nos dice- « Ahí tenéis la Regeneración ! ahí tenéis la nueva capital embellecida y civilizada por nosotros ! »

Ellos tienen razón ; pero yo no necesito de tantas grandezas para probar el adelanto de Caracas: á mí me gusta sacar las cosas más grandes, de las más pequeñas, de las más viles.

Yo digo solamente – Contad las ventas de licores que hay en la ciudad ; contad el número de jóvenes y viejos que las frecuentan con la nariz encarnada y los ojos tristes y lacrimosos como los de la tortuga, y

al reunir esas cifras espantosas, exclamo, lleno de vergüenza y de horror – Hemos adelantado mucho! vivimos en un pequeño Londres!

Hasta 1848, que anduvimos á un pasito corto y suave, no había más cantina que la « Boliviana.»

Allí se tomaba chocolate, tostadas de pan con queso y ponche con leche; algunos muy avanzados, que habían estado en Santomas, tomaban cerveza ó cidra. – El Champagne, el cognac y el cólera no nos habían invadido todavía.

No había más borrachos de reputación que Leprú y un satre, á quien el licor inspiraba ocurrencias inmortales. De resto no pasaban de *alegría* algunos casos que se presentaban por los barrios. Baste decir que ño Morián alcanzaba para contenerlos á todos. En el día, si un Morián intetara otro tanto, le harían representar

el papel del Marqués de Caravaca en el manicomio.

Del año 48 al 70, que anduvimos más al trote, aparecieron el Café español, Setoaín, Las Flores, El Avila y algunos más pequeños, pero del 70 para acá, es un progreso desmedido y alarmante el de este ramo de la industria.

Nò se puede andar una cuadra sin encóntrar una de esas aristocráticas tabernas llamadas «Café», ó con un nombre más hipócrita – «Confitería,» ó más disimulado – Pastelería, ó más traicionero – «Restaurant.»

Por lo regular esas casas no tienen más que un gran anuncio que dice – ¡Helados!–el cual quiere decir–«¡Candela!»

En esos bebederos, como dicen los llaneros, hay siempre un parroquiano, especie de zángano de colmena instalado en la puerta, con medio

cuerpo hacia la calle. Aquel es el pitador que atrae: un aviso que saluda y agasaja á los pasantes, y á la vez, una tentación, porque su aliento, oloroso á níspero, es incitante.

El pitador no paga nunca, ni tiene con qué desde que cayó en las redes del vicio. El bebe al favor de invitaciones, que, por lo regular, se hace él mismo, y cuando le da mal la suerte, el cantinero se encarga de remojarle la garganta para que no pierda la facultad de *pitar*.

Fuera del zángano, que es inamovible, hay siempre en cada templo del vicio echo ó diez *adoradores perpetuos*, que se relevan uno á uno y dos á dos, pero que no desamparan nunca el tabernáculo.

Esos individuos van haciendo estaciones de la capilla ardiente de Vialetto á la sinagoga de Pomaska, de allí á la abadía de la India, á la

mezquita de Iraburu y al monasterio de Versalles, y siguen la romería por los infinitos santuarios de la capital y sus alrededores.

El público ha designado á estos peregrinos del *espíritu* con el nombre de miembros de la «adoración perpetua,» nombre un tanto sacrílego por su origen pero que yo no quiero cambiar porque le encuentro gracia.

La gran orden de la Adoración tiene sus altos dignatarios y sus corresponsales en todos los pueblos de la tierra.

En Caracas tiene su serenísimo gran Rabino–que se elije, entre los que tienen el andar más sereno y la nariz más parecida á un rábano : sus Ministros del culto, sus soberanos Príncipes, sus grandes oradores, sus altos Consejeros, y sus maestros. Tiene también sus aprendices, que se llaman *paganos*, mientras están ha-

ciendo méritos para entrar en la orden.

Estas dignidades se obtienen por razón de méritos positivos é indispensables, por ejemplo:

Un hombre que ha sacrificado su fortuna en aras del divino Baco, y que ha sepultado con ella la honra del nombre que heredó, para legarlo á sus hijos lleno de oprobio.

Otro que se presentó en la escena social, sin nombre ni fortuna, pero con credenciales de talento y de saber, que valían más que todos los pergaminos, y le predestinaban á grandes honores, y que ahogó todos esos dones en el fango de las orgías.

Aquel otro, lleno de gentileza y atractivo, que fué rey de los salones y encanto de la belleza, y que ha ido rodando de copa en copa, hasta el abandono de sí mismo, para ser hoy

sonrojo de la amistad y pesadilla de la policía.

Aquel gran señor, á quien el caudal, que no ha podido aún disipar, escuda contra el desprecio público, pero que guía á sus hijos, con el funesto ejemplo, por la senda que conduce á todas las miserias; que no es el compañero, sino el tirano y la vergüenza de su esposa, á quien se presenta cada noche conducido por manos mercenarias ó piadosas, exhalando un olor espirituoso que marea, embrutecido y soez... ¡Ay! si él supiera cómo va desapareciendo el amor, para hacer lugar al desprecio, en aquel corazón de ángel que era todo suyo!

Tales son las hojas de servicio que valen grandes distinciones en la orden profana de la « Adoración perpetua. »

No puedo continuar.

Yo no escribo estas líneas por odio, ni por burla ni por desprecio; mueve mi pluma la piedad hácia aquellos que aún no han llegado á la espantosa sima del vicio y que todavía pueden detenerse.

¡ Dios lo permita!

1887.

LOS PATIQUINES

Creo innecesario explicar la significación de esta palabra.

Para no dejar de parecer etimologista, ó pedante que es lo mismo, diré que viene de la voz italiana *partiquino,* que significa actor de baja escala.

Un paje mudo, por ejemplo, aquel que sale á decir—*aquí están las velas,* no son más que *partiquinos.*

La palabra *patiquín,* degeneración de aquella, es nueva en el dicciona-

rio venezolano, así como es nuevo, y original de nuestro suelo, el tipo que ella designa.

Los antiguos no conocieron esta sabandija, nacida de nuestras revoluciones, como brotan lombrices y sanguijuelas de los pantanos.

No he querido comparar al patiquín con la tímida lombriz ni con la chupadora sanguijuela, ni mucho ménos con el lodo de nuestras convulsiones políticas; líbreme Dios de hacer comparaciones tan exactas.

Ante todo amo la ficción, si nó, parecería extranjero en mi patria.

El patiquín no nace precisamente el día de una convulsión: él existe, pero vive en incubación durante los períodos pacíficos, que por cierto son muy cortos.

Así como el gusano vive en su capullo hasta que se convierte en mariposa, esos jóvenes turbulentos, ociosos

y sin carrera, viven en las cantinas hasta que se transforman en patiquines.

La cantina es el capullo de esta crisálida.

Con el primer grito de una insurrección y la primera proclama del Gobierno, brotan á millares, como las ranas con las primeras lluvias.

El patiquín nace sin opinión: él se declara en ejercicio, como abogado novel, antes de saber qué causa defenderá: los acontecimientos van á fijar su opinión.

Lo único que él sabe de cierto es que en río revuelto ganan los pescadores.

Aquellos que logran una ración del Gobierno como *agregados;* una comisión para embargar bestias,—empleo que produce dos ganancias—una por embargar y otra por no embargar; una comandancia de patrulla para

cobrar reemplazos, ó cualquiera otra ganga, se deciden por el Gobierno, ó sea por la constitución y las leyes.

Los que no caben en la gracia del Gobierno, se hacen conspiradores y andan de corrillo en corrillo, hasta que creen llegado el momento del triunfo.

Entonces se incorporan á la facción.

Ya está el patiquín en su verdadero elemento.

Se le distingue á leguas por el talante, más dramático que bélico.

Gran sombrero, con el ala izquierda apuntada, sosteniendo una hermosa pluma que arrancó á la gorra de la mamá:

Chaqueta azul con botones amarillos:

Pantalón metido por dentro de las botas, remedando las jacobinas:

Carriel fileteado, con cigarros, cepillos, peines, el último billete amoroso

y una clineja de Laura. Sable curvo y mohoso; enorme revólver.

Los patiquines no entran á servir en ningún cuerpo regular; ellos se acomodan en el Estado Mayor, ó forman esos cuerpos ligeros, insubordinados é inútiles que llaman *piquetes*.

Su oficio es recojer ganado, bestias, empréstitos, etc. Nadie más violento que ellos contra los hombres, las mujeres y objetos indefensos.

Los patiquines tienen para la guerra una ventaja muy envidiable, y es –su horror á los peligros.

Entre ellos y las balas no hay ni puede haber ningun punto de contacto: son antípodas.

De ahí viene que no se ha dado el caso de un patiquín muerto en campaña, como no sea de miedo ó de calenturas.

En compensación de esto, son los

más avanzados cuando llega la hora de comer.

¡Ay de las gallinas donde cae una manada de estos zorros!

Cuando el soldado, muerto de fatiga, está jadeante de sed, el patiquín se está bañando!

En la hora del combate ocupan también su puesto, no precisamente en las filas de batalla, sino en las de observación.

Allí, trémulos de coraje, esperan el resultado. Si es adverso nadie les quita la vanguardia; si es favorable, se quedan recorriendo el campo para recojer los heridos, y *cinturear* á los muertos.

Cuando el campamento es sorprendido, sin que los patiquines hayan tenido tiempo de acomodarse, la derrota es infalible, porque no hay soldado que resista sus gritos de terror, ni las patas de sus caballos que se llevan

por delante todo lo que encuentran, menos al enemigo.

Un ejército recargado de patiquines está siempre próximo á ser destruido, porque lleva en su seno un mal elemento–el pánico.

Sin embargo, en los desastres tienen reservado un puesto de honor en que lucen mucho– ¡la lista de prisioneros!

Y es gusto verles entre las filas de sus vencedores, cabizbajos, ennegrecidos por el polvo y con un gesto que parece decir:

«Oh ironía de la suerte! ¡Tanta «humillación por premio de tanto he«roísmo! La posteridad me hará «justicia!»

Pero si llega un día de triunfo para su causa, entonces entran erguidos como grandes libertadores; cada cual cree que todos los arcos son para su

gloria y que las damas no piensan más que en su bravura.

Al referir sus hazañas, cree uno que oye al mismo Marte.

El triunfo se debió únicamente á él: el jefe no hacía nada sin consultárselo: los soldados no seguían más que su plumaje!

Todos los destinos deben ser para él, porque solo su denuedo los ha conquistado: deben darle una Aduana, y no para administrarla, sino para disfrutarla.

¿Qué menos? ¿No espuso él su vida á un constipado, á una mordedura de culebra? ¿No ha podido recibir un balazo al cargar su revólver?

El dia de las recompensas honoríficas, consigue sin esfuerzos que le confirmen su grado de general, que él mismo se había dado, y ya lo tiene U. creyendo que es verdad su propia fábula!

De esos patiquines generales, es que se han formado esos miles de generales patiquines que cuenta nuestra lista militar, para asombro de las naciones del orbe.

Y no es lo peor, sino que tenemos en espectativa una cosecha que va á poner la especie por el suelo!

Los generales se cotizarán como los mangos, á tres reales el ciento!

Por fortuna yo tengo mi grado antiguo, y no fué ganado con plumajes, ni clinejas, ni fanfarronadas; ese me costó, lo digo con vanidad—muy buenos veinte pesos!

Febrero 4—1879.

LOS ADJETIVOS

El diablo mete su rabo en todas partes—hasta en la gramática.

El adjetivo es una invención de Satanás. El sabía muy bien que, introduciendo esa parte de la oración en el lenguaje de los hombres, el infierno se llenaría de embusteros y de soberbios.

El adjetivo parecía destinado inocentemente para clasificar las cosas y distinguir lo bueno, lo grande, lo útil, de lo malo, lo pequeño, lo inútil, etc.

En efecto, el mundo estuvo muy bien servido con ese elemento gramatical, hasta que aparecieron la adulación y la perfidia, y en tanto que el interés no se había hecho señor absoluto del corazón humano.

De entonces para acá, los adjetivos sólo sirven para confundir todas las cosas y extraviar todos los juicios.

Ya no se puede saber, por los adjetivos aplicados, si las cosas ó las personas son buenas ó malas, útiles ó despreciables, porque las calificaciones no tienen nada que hacer con los méritos ó defectos de las personas ó cosas calificadas, sino con el interés de quien las califica.

Yo daría cualquier cosa por suprimir los adjetivos, para ver lo que quedaba de todas las grandezas de esta tierra.

¿Con qué materiales trabajarían los panegiristas de oficio, que, aglo-

merando adjetivos, sobre una pelota de barro, levantan un coloso sobre cimientos de ceniza?

¿Qué sería de esos fabricantes de necrologias en molde, que van eslabonando adjetivos, como chorizos, para hacer, de cualquier bribón muerto, una pérdida *irreparable*, por lo *humanitario*, lo *noble*, lo *patriota*, lo *hidalgo*, y por sus virtudes *eximias* y su talento *preclaro?*

¿Qué quedaría de esas viudas que nos pintan *acongojadas*, *amantísimas* é *inconsolables*, en tanto que no llegue un candidato á llenar el *inmenso* vacío que dejó el difunto?

Pero vamos á un caso práctico.

No hace mucho tiempo que leí en un papelucho el siguiente suelto de crónica.

—«Anoche fue obsequiado espléndidamente, con una *magnífica* serenata, el *celoso* y *honrado* comisario de

este *importante* barrio, con motivo de ser los días de su *respetable* señora; tomaron parte en ella, *distinguidos* profesores, y ejecutaron, con *admirable buen* gusto, las más *escogidas* piezas de su *numeroso* repertorio. *Selecta* concurrencia llenaba la morada de la *apreciable* autoridad, quien hizo los honores de la fiesta con *exquisito tacto.*»

Casualmente yo era vecino del lugar y conocía mucho al comisario por sus desórdenes y tropelías. A pesar de ser tan *celoso* y tan *honrado,* es el primer vagabundo del barrio.

Su señora, no obstante ser tan *respetable,* no es casada con él, sino con otro, pero, por lo demás, es una buena mujer, honesta, oficiosa y caritativa. Y lo más original del caso es que no era su santo, porque aquel día fue San Casto, y ella no tiene nada que hacer con ese nombre; el suyo es Ca-

talina, pero el comisario siempre la ha llamada *Cata*, por cariño, ó por dejar á su condueño la otra mitad del nombre. De aquí vino el error de los músicos y del vencindario, que la llamaban Casta, creyendo que el comisario por ser medio luango, se traga una S.

Los profesores, á pesar de ser tan *distinguidos*, no eran más que dos guitarreros ó bandoleros de alcabala, y un clarinete que arrojaba humo, junto con los pitazos, á causa del mucho aguardiente que toma el *eminente* artista.

Las *escogidas* piezas del *numeroso* repertorio, no eran otras que *El Araguato* [de Verdi me parece] y *La Cucaracha* [de Petrella, si no estoy equivocado].

La *selecta* concurrencia se componía de una docena de pilluelos de la vecindad, y de algunas zagalejas, de reputa-

ción nada dudosa, que vagaban por aquellos contornos, y se dejaron atraer por el sonido y el vapor del clarinete.

Los repetidos tragos hicieron su efecto: se armó una disputa entre el clarinetista y los bandoleros, sobre el motivo de una polka, y el comisario, ya cargado también, les cayó á planazos, con *exquisito tacto*, y terminó la *espléndida* fiesta como el rosario de la soledad.

Después de este ejemplo palpable de nuestra perniciosa hipérbole, nadie me negará que los adjetivos sólo sirven para pervertir todo criterio.

El avaro más ruin puede comprobar que su corazón es *generoso* y sus sentimientos *filantrópicos*, mostrando cien cartas de individuos que han pretendido explotarlo por medio de los adjetivos.

Yo no he visto un solo Gobernador

á quien no hayan calificado, durante su mando, de *infatigable*, *celoso*, *inteligente* y hasta de *pulcro* en el manejo de los caudales públicos; y después que han dejado el llamado *potro de tormento*, en sus discursos, ó mejor dicho, después de caídos, por que regularmente no se apean por el estribo, sino por la cabeza ó por el rabo, he visto llamar á muchos *negligentes*, *arbitrarios*, *estúpidos* y hasta *ladrones*. Estos adjetivos hubieran pasado entre dudas, como los primeros, si no se hubieran empeñado ellos mismos en comprobarlos.

Así, pues, yo no hago caso de los adjetivos para saber las cualidades ó defectos de una persona; pero sí los tomo en cuenta para deducir las cualidades ó circunstancias de quien la alaba ó vitupera.

Por ejemplo—cuando leo que un empleado tiene una *estupenda* capaci-

dad, que *es sagaz, expedito* y *levantado;* digo para mí—éste pretende un empleo ó un contrato.

Cuando oigo alabar la *honradez* ó *escrupulosidad* de los empleados de un Resguardo;—digo en mi interior—éste es un contrabandista.

Cuando oigo decir que tal periódico es el más ilustrado é *independiente.*—ya sé que estoy hablando con un colaborador.

Si me dicen que un comerciante es muy *decente* y *caballeroso*; anoto en mi cartera—Fulano fía y no cobra; va en camino del hospital, y este tunante lo está explotando.

Cuando leo en un diario, que un médico ha salvado la vida á un moribundo por ser muy *sabio*, muy *eficaz*, muy *humanitario*, agrego á mis apuntes—Con estos adjetivos se paga la cuenta de honorarios.

Conmigo pierden su tiempo los que usan ese lenguaje hiperbólico. Yo los conozco.

Desde que alcanzo á ver saltando los adjetivos en un escrito, doblo la hoja.

1888.

EL CARACTER

—

Un mal carácter es el don más precioso que puede hacer á un mortal la Divina Providencia!

Se dice que la suerte del hombre depende únicamente de su carácter.

Esa es la verdad.

Pero créese generalmente que la felicidad consiste en la mansedumbre, la tolerancia y la conformidad.

Es un error gravísimo de que están sacando partido los bribones desde

los primeros tiempos, con notable perjuicio de los hombres sencillos.

Yo voy á demostrar que tener lo que se llama un mal carácter es nacer predestinado para la dicha.

El hombre de mal carácter tiene una armadura que le protege contra los ataques de todo el mundo. Es invulnerable—es un Aquiles sin talón.

No hay fortuna más envidiable que la de alcanzar el sobrenombre de *Ruibarbo*, *Saldehiguera* ó *Guayacán*.

Desde que se adquiere esa ventaja, ya se puede dormir con la puerta abierta.

¿Quién le pide una onza prestada á Ruibarbo?

¿Quién le pide una limosna á Guayacán?

Unos dicen–no quiero nada con ese hombre por no verle la cara. Otros dicen—por no oírle la lengua, y muchos—por no matarlo.

El hecho es que el respetable señor *Ruibarbo*, *Saldehiguera* ó *Guayacán*, acrecienta su fortuna sin encontrar nunca quien le quite un centavo.

En cambio, él invade los bolsillos agenos y se lo toleran por evitar un desagrado.

La mujer, si la tiene viva por casualidad, es una Santa Rita.

Los hijos, le adivinan el pensamiento.

Los sirvientes, se anticipan á sus órdenes.

Si Ruibarbo se lanza á la política, alcanza un alto puesto.

Desde que toma asiento en una asamblea, todos los miembros se sienten coaccionados.

Nadie puede resistir su mirada fiera y encapotada; sus labios plegados desdeñosamente dejando ver los colmillos como animal carnívoro; su pelo erizado hácia la frente como el puerco

espín, su corbata ancha, como una faja de dos vueltas y la levita abotonada.

El ciudadano Ruibarbo es el primer ciudadano.

Es preciso aplaudir todo lo que diga, antes de decirlo.

Un hombre que tiene cara de tigre, debe ser muy sabio.

Un hombre que anda tan despacio, debe llevar sobre su cabeza la suerte de la patria.

Un hombre que no dice sino monosílabos, debe ser un pasmo de elocuencia.

No hay remedio, Ruibarbo es presidente de la asamblea por unanimidad.

Dígame ahora el lector, si una cara de herrero y un carácter detestable, no son los dones más preciosos que puede hacer á un mortal la Divina Providencia!

Yo creo que los que se han llamado desde los tiempos históricos *grandes caractéres*, no han sido otra cosa que caractéres amargos.

Es de esos genios insufribles que se han formado los grandes hombres. El talento y el valor solos, no habrían hecho nada.

Es á fuerza de rigor que han llegado á imponer su voluntad á los demás hombres.

Y después dicen los historiadores—Tenía un gran carácter—un gran genio!

Mentira! lo que tenía era un malísimo carácter—un genio atroz. Desde Nemrod hasta nuestros días, ningún hombre ha dominado á los demás por la dulzura del carácter ni por el semblante risueño.

*
* *

Al que se vuelve miel, se lo comen las hormigas.

Tenga U. buen carácter y ya está libre de que su nombre llegue á la posteridad.

No pasará nunca de lo que se llama un pobre diablo.

En política, será escalón para que suban los otros.

Cuando más—instrumento.

En su casa, será U. el único que obedezca.

De su mujer para abajo, todo el mundo estará sobre U.

En cambio, U. será el único que trabaje para todos.

Si llega U. á heredar una fortuna por casualidad, puede estar seguro de que no le durará mucho tiempo, porque todo el que necesite algo vendrá á pedírselo, en la confianza de que U. no le dejará desairado.

Nadie le pagará á U.. porque U. será el acreedor de más confianza, y siempre lo dejarán para el último,

Y llegará el juicio final y lo encontrará de último, y no será U. nunca el primero, por más que lo digan las Sagradas Escrituras.

Le faltará á U. tiempo para ocuparse en servicio de los demás, y recogerá por premio, una cosecha espléndida de ingratitudes; y tendrá, al fin de sus días, un número de enemigos igual al de los servicios que haya hecho.

Dígame ahora el lector, si el tener un bello carácter, que le haga simpático y accesible para todo el mundo, no es la desgracia mas grande que puede afligir á un mortal!



Pero hay una cosa infinitamente mejor que poseer un mal carácter, y es–no tener ninguno.

El hombre sin carácter no conoce

la contrariedad; no tiene que luchar ni con su propia conciencia.

Porque siempre se cobija bajo el árbol que da más sombra.

Porque él vive repicando por el que sube y doblando por el que cae.

Porque navega siempre á favor de la corriente y no pretende nunca remontarla.

Para él todo hombre es justo y patriota, con tal que esté gobernando.

Para él solo dejan de tener razón los partidos cuando caen, y eso, mientras no vuelven al poder.

¡Oh dichosos mortales los que no tienen el trabajo de formar juicio sobre los hombres ni sobre sus hechos, sino que marchan ciegos y como fascinados lamiendo la huella de los favoritos de la fortuna!

1878.

LOS POLITICOS

La política en todas partes es la ciencia de gobernar á los pueblos, menos aquí.

Entre nosotros la política es una industria de la cual viven, holgadamente, los que saben explotarla, y pobremente los que no pueden vivir de otra cosa.

En siglos pasados los delincuentes estaban en salvo desde que llegaban á pisar un lugar sagrado. La política es el lugar sagrado, donde se

asilan los que están perseguidos por la necesidad y algunas veces por la policía.

No quiere decir esto que todos los políticos sean iguales—nó—hay muchos hombres llamados por sus talentos, por la opinión pública ó por circunstancias especiales, á hacer papeles culminantes en la política, lo que yo digo es que todo el que no puede hacer otra cosa encuentra un asidero en la política.

Un comerciante arruinado en los negocios, hace un voto de adhesión personal y consigue rehacer su fortuna en una aduana ó en una comisaría.

Un abogado que sólo ha tenido pleitos con su suegra y con su mujer, y que siempre ha salido arañado, se asila en una tesorería, previo un voto servil y falso de ciega fidelidad.

Un médico que ha puesto en ce-

menterio á los pocos enfermos que ha curado, alcanza un puésto en las Cortes de Justicia, y sigue tratando á los buenos con el mismo acierto que tuvo para sus enfermos.

Un agricultor que no ha cultivado más que el juego y el amor pastoril, abandona el arado enmohecido en el ocio, sin reja ni timón, y se ciñe el sable del baladrón indisciplinado, ó atropella el vecindario, desde una Jefatura civil, para vengarse de la agena laboriosidad que humilla su abandono.

Tiempos ha habido en que no se obtenía una plaza de policía urbano, sin tener credenciales de vago de profesión.

En fin, todos los que no tienen vocación para ningún trabajo honesto; los que nacieron predestinados para vivir del sudor de frentes agenas; los que tienen la innegable superioridad

de la insolencia, especie de derecho divino que los hace señores de vidas y haciendas, y todos los que nacieron para andar de barriga, como el lagarto, pero que andan sobre sus pies porque Dios se olvidó de ponerles rabo, van á formar en ese Olimpo que se llama la política.

Para ser político de oficio, y mantenerse siempre de pié, se necesita aprender la fábula del camello—sabiendo doblar la rodilla ante el amo, habrá siempre abundancia de pasto.

También se necesita ser equilibrista, y conocer con precisión los signos del tiempo.

Debe tenerse vista y olfato de cuervo, y si se consigue también el estómago, está hecha la carrera.

Como se ve, es poco lo que hay que aprender para el oficio, y todavía es menos lo que hay que olvidar.

Esto se reduce—á los beneficios recibidos.

Es decir, el político no se obliga, con los superiores ni con los inferiores, por los servicios que le hayan prestado, sino por los que le estén prestando ó puedan prestarle.

El enemigo que puede servir hoy, es más meritorio que el amigo que sirvió ayer.

Para los políticos no hay *ayer*, sino *hoy* y *mañana:* más claro—nunca deducen del pasado deberes para con nadie, sino derechos para éllos.

La gratitud no existe en el corazón del político, cuando el antiguo protector ó servidor no tiene nada que dar, ó cuando hay otro que puede dar más.

La fidelidad, la consecuencia, la amistad misma, tienen su límite—espiran el día que no producen nada. Mientras están produciendo son in-

sospechables, desinteresadas, y por supuesto, eternas é incondicionales!

Si yo llegara á ser siquiera comisario de mi barrio, pondría en la Cárcel á todo vecino que me hiciera una protesta de simpatía ó elogiara mi actividad, mi inteligencia ó mi probidad. Le seguiría un juicio por conatos de dolo.

Si los gobernantes no se empeñaran tanto en comprar adhesiones, no tendrían que lamentar deslealtades.

Mientras no haya un gobernante que persiga al primer periodista que le llame íntegro, patriota ú honrado, no tendremos una república seria y feliz.

Aunque no fuera más que por embustero, debería tenerlo veinte y cuatro horas en la policía correccional.

Pero aquí sucede lo contrario— si el periodista no aplaude todo calurosamente, sobre todo los desaciertos,

no puede ser periodista con independencia.

Por fortuna el país sabe á qué atenerse. Los que dicen y los que oyen decir alabanzas, saben cuando son mentiras. El único que cree todo es el favorecido ! y siempre encuentra cortas las alabanzas !

Cuentan de un extesorero que, leyendo un juicio tan honorífico como falso de su administración, exclamaba : « Que frialdad ! Canallas ! ¿ Donde encontrarán otro empleado que en un año sólo economice para comprar diez casas ? Ah ! merezco que me cuelguen ! »

Si yo hubiera oído el final, le habría gritado — ¡ tienes mucha razón !

Pues bien, el extesorero quedó de candidato para un destino superior, por supuesto, no candidato popular, pues ya se sabe que el pueblo ha olvidado que tiene el derecho de elegir,

sino de esa camarilla que está en todas partes manejando los títeres llamados elecciones, en que cada cual se acomoda según su gusto.

Creerán algunos que invento ó que exagero? Ojalá pudieran los incrédulos examinar por dentro esa gran colmena que se llama la política, para que vieran como llega á sus panales la miel extraída de todas las flores, y como chupan los zánganos sin descanso!

Lástima tengo yo de tantos caracteres nobles, de tantas almas sencillas, de tantos creyentes sinceros de promesas falaces, de tantos espíritus débiles y de tantos esclavos de la necesidad, que marchan confundidos entre los especuladores, sirviendo á sus planes sin quererlo ni saberlo!

Caracas: 3 de abril de 1889.

LA ELECCION PRESIDENCIAL

AL DIA SIGUIENTE

SEGUNDA CARTA Á ANDRÉS

Qué ansiedad, Andrés mío ! qué espectativa tan cruel para los que viven pendientes de la cosa pública ! !

Un día zavarcistas, otro día alcantaristas, y en un mismo día las dos cosas á la vez, según el alza ó baja de las probabilidades.

Pero por fin, el 27 de febrero á las 4 de la tarde, publicada la elección,

terminaron las vacilaciones, y se han pronunciado, sin reservas, y con toda la independencia del carácter republicano, por el general Alcántara: salvo algunas excepciones dignas del mayor respeto.

Hoy cada cual forja su hoja de servicios á esta candidatura, y fija la fecha de su filiación con todo el atraso posible.

Temo que resulte al fin lo que dice el Evangelio—«que el último será el primero y el primero será el último,» pues veo que piden, y obtienen mayor recopensa los incorporados de la víspera, que aquellos mismos que iniciaron la candidatura y trabajaron con fe sincera por su triunfo.

No vayas á pensar que estoy resollando por la herida, pues ni yo hice nunca nada que valiera recompensa, ni en caso tal, tendría el derecho de aspirar á cosa alguna.

Tú sabes que yo tengo en política el pecado original, y que ya soy viejo para recibir las aguas del bautismo.

La ciudad está llena de caras estrañas; hasta los muertos han venido á la feria de los destinos públicos.

Pero como un axioma de física nos enseña que dos cuerpos no pueden ocupar el mismo lugar, temo mucho que no alcancen los destinos para principiar, si no se acomodan los pretendientes, como buenos amigos, á razón de diez en cada uno.

Qué lástima, Andrés, que no se siguiera mi programa de Gobierno para asegurar la paz y el bienestar común —*Un empleo para cada venezolano y un sobresueldo para cada empleo.*

Aún pudiera regalarse con más de uno á los muy connotados, que no sería cosa nueva, ni carga que abrumara sus hombros, por muy débiles que fuesen.

Gran chasco les ha dado Guzmán Blanco á todos aquellos que se preciaban de adivinos, y que, á vuelta de mil conjeturas, vinieron á deducir como evidente, que retendría el poder, apoyándose en sofismas legales.

Guzmán Blanco ha descendido del poder majestuosamente: he dicho mal *descendido*, que más bien se eleva, quien acata la ley y proteje la libre voluntad del pueblo.

Yo nunca le he visto tan encumbrado como ahora, que ha tomado asiento en el estrado de la ciudadanía.

Ese es el trono de la República.

En fin, amigo mío, la transición se ha efectuado felizmente; cumpla el Magistrado sus deberes y cada cual los que impone el patriotismo; rodeemos al nuevo Gobierno, no como rodean las sardinas á la carnada, ansiosas de devorarla, sino como esos otros peces benéficos de que hablan las cró-

nicas marinas, que marchan al costado de las naves para auxiliar á los tripulantes en caso de conflicto.

No pidamos nada. Dé cada uno lo que posea: éste su prestigio, aquel su esperiencia, el otro sus talentos, y el que nada tenga, como yo, preste el concurso moral de su buena voluntad.

Así salvaremos la República.

Pero, hablando de otra cosa, ¿sabes quién está aquí?—Artiles! ¿Recuerdas las atrocidades que decía?

Pues bien, se ha venido en la arribazón, con la divisa de alcantarista, y la lleva nada menos que en la cinta del sombrero.

Ayer le ví en el circo ecuestre siempre charlatán y embustero: no ha variado nada: solamente de opinión: ni eso mismo, porque él no ha tenido ninguna; siempre ha estado como aquel otro que andaba con un corte

de paño al hombro, esperando la última moda para hacerse una levita.

Ahora crée que ha llegado la última moda; sólo le falta un buen sastre, y ese será el que le dé un empleo, que le ajuste á la medida de sus despilfarros.

Tambien ví en el circo al general Malatesta: ha venido, ¡ quién lo pensara! de diputado, y cosa rara--no conoce el Estado que lo elijió, y más sorprendente todavía--el Estado tampoco lo conoce á él ni de nombre.

—¿ Y cómo pudo salir?—me preguntarás.

—Muy fácilmente—porque lo conocía el que formó la lista: con eso basta.

¿ Y quieres que te lo diga todo de un golpe? Así viene sucediendo hace mucho tiempo. En lugar de que los Estados elijan á los diputados, son los

diputados los que elijen á los Estados que quieren representar. ¡Mira qué progreso!

Me dijo que se había propuesto no hablar en las Cámaras. Si persevera en su propósito, lucirá mucho, porque, callar, es lo único que puede hacer él con bizarría, fuera de, que en los Congresos, vale menos lo que se dice que lo que se obra.

Quizá así logre alcanzar reputación de erudito y elocuente, pues aquí tienen por sabio y gran pensador á todo hombre taciturno y reservado.

Reputaciones conozco yo, que se han formado con cuatro monosílabos, y si añaden un sorbo de rapé á tiempo, un cuello que toque las orejas y una corbata de resorte, ya no halla la fama y el aplauso de los necios donde ponerlas.

Como verás, el circo ecuestre es el

punto de reunión de los forasteros y de los que no lo son.

Decaído el gusto por las bellas artes, hemos vuelto á la admiración de la fuerza.

Se anuncia un espectáculo de leones feroces, y espero, en la pendiente que llevamos, que no cabremos en el teatro.

Yo me esplico la concurrencia al circo, no por admirar la belleza de los caballos, ni lo sabio que son aquellos brutos, pues aquí abundan sabios más brutos que ellos; sino por la destreza en los *volteos*, que es en verdad lo sorprendente.

Los más van por aprender algo, si bien tengo para mí, que en los volteos, podemos dar lecciones á la compañía Carlo.

Conozco acróbatas tan hábiles en nuestra sociedad, que se vuelven y revuelven en el aire, sin tocar el sue-

lo, con la mayor limpieza, si limpieza cabe en este género de suertes.

Y hasta mujeres he visto más ágiles que Miss Victoria, y de las cuales, para no alargar este discurso, digamos en coro con el lector. « Dios nos salve el lugar.»

1877.

EL TEATRO A PALOS

—

Me propongo escribir un artículo sobre teatro para desterrar un abuso.

Es el caso, lector, que los malos cómicos han introducido una nueva moda de expender localidades. Ya verás que, á pesar de ser malos, han inventado algo nuevo, aunque sea peor que ellos.

La tal moda tiene para ellos dos ventajas: primera—que se venden todas las localidades: segunda que todas las localidades, á pesar de venderse, quedan vacías.

De esta segunda, resulta una tercera, y es—que no hay quien silve, la cual, para un cómico malo, no es de despreciarse.

Vamos al asunto.

Suponte, lector, que llega de allende los mares, una de esas *malas compañías*, de las cuales nos aconseja San Agustín que huyamos cuidadosamente; comienza por abrir un abono, de la manera más pomposa que puede abrirse lo que no se cerrará nunca.

Por supuesto?—quién ha de suscribirse?—cero más cero, igual al mérito de la compañía.

En vista de este desaire, la compañía se reune con todos sus allegados y agentes, y para vengarse del público.

RESUELVE:

1º Que se obligue al público á

contribuir con el valor de las localidades, pudiendo cada cual quedarse en su casa, so pena de presenciar la función y pagar el doble. (*)

2º Que se obtenga el censo de la ciudad y se mande á cada vecino, palco ó luneta, según tenga ó nó familia,

3º Que se califique de *Indecente* al que rechace la papeleta.

4º Que se redacte una circular muy alambicada, para acompañarla á á los billetes, elogiando el buen gusto por las bellas artes de todo el que la lea.

5º Que no se designe persona ni local para recibir los billetes que se devuelvan.

6º El Agente de la compañía queda encargado de la ejecución de lo resuelto.

Este decreto, que no lo hubiera da-

(*) En ese tiempo se vendían las localidades por separado de las entradas.

do mejor el mismo Nerón, cuando la dió por ser cómico, se cumple al pié de la letra.

Tú, por supuesto, como yo y cualquier otro vecino, te encuentras en el censo de la ciudad, y por este solo delito, te remiten tu luneta si eres solo, ó un palco, si tienes familia á quien sostener.

Ahora quiero verte con tus billetes en la mano y el decreto por delante, cuyo primer artículo te pone entre la espada y la pared — ó pagas sencillo, quedándote en tu casa — ó haces el sacrificio de ver la función y pagas el doble.

No te satisface ninguno de los dos términos y ocurres al tercer artículo.

Este te pone entre Lucas y el jobo;— ó pagas lo que no debes, cuando tal vez no puedes pagar lo que debes — ó te califican de *indecente.*

Claro está que pagarás menos por

no ir, como quien se redime de ir á la cárcel pagando una multa.

Observa otra cosa.

No te mandan la entrada sino el asiento. De manera que te venden una silla, en la cual no puedes sentarte, porque hay un vigilante en la puerta, que te echa á la espalda, si no entregas un billete que te cuesta tanto como la silla.

Semejante sistema no puede seguirse por una compañía que tenga fé en su mérito, de modo que, el solo hecho de distribuir las localidades, da una idea cabal del poco mérito de los artistas.

El que sabe que desean verlo, espera que lo busquen.

Cuando una compañía bien aceptada, remite un palco á una persona que lo toma siempre, para asegurarle su entrada en una función de novedad, le hace un verdadero obsequio,

Eso está en el orden, pero no debe relajarse hasta el punto de que vengan Juan de la Encina ó la Chivatti ó el tenor Rebusnetti á temer que nos quedemos sin palco, cuando no hay quien quiera verlos de balde.

Y puesto que un clavo saca otro clavo y una moda destierra otra, es necesario poner en moda devolver los billetes, y poner nota de *mala* á toda compañía que quiera venderlos á palos.

Sinembargo, es muy bien admitido aquí y en cualquiera otra parte, que se distribuyan entradas y localidades, cuando el producto de la función se destina á una obra piadosa, ó de utilidad pública, porque, en ese caso, nadie contribuye con disgusto, y más bien se agradece que se haya contado con nuestro contingente para una obra buena.

1863.

LA INSTRUCCION PRIMARIA

—En este país todo el mundo tiene talento y disposición para todo—me decía Don Cándido en días pasados, y para probármelo me añadió:

—Vea U. á Pepe mi hijo; se dedicó á la relojería, y antes de tres años, ya sabía darle cuerda á cualquier reloj por grande que fuera.

—¡Qué genio!—le dije yo.

—Sí señor, pues no es nada eso, sino que cuando su padrino fue gobernador, le dió un empleo en la gobernación, y mire, señor, desde el

primer día entró ganando su sueldo admirablemente, como cualquier empleado viejo.

—Hombre! ese es un muchacho de esperanzas!

—Ay señor, si no hubiera caído aquel gobierno, ya Pepito hubiera llegado á gobernador, porque daba gusto verlo como venía tan entusiasmado con sus ochenta pesos de sueldo cada quince días.

Yo me hubiera reído de Don Cándido, pero recordé que hay muchos Pepes en este país.

Aquí todos somos aparentes para los destinos públicos y cobramos un sueldo con habilidad. Venimos al mundo con esa vocación.

Les llevamos en eso mucha ventaja á los europeos.

Verdad es que no somos tan exigentes. Allá se necesitan conoci-

mientos para el servicio público y es una carrera de honor.

Aquí es una carrera de baqueta.

Un hombre que conserve veinte años un destino público, queda más magullado que si le dieran veinte palizas. Cuántas genuflexiones! cuántos colores! cuántas protestas y contraprotestas!

Aquí, para desempeñar un destino con provecho, no es preciso entender una palabra de nada: basta con saber dar cuerda á cualquier reloj, con haber deseado el triunfo de la última revolución que se haya consumado en el país, y si ha estado en la cárcel, mucho mejor. Oh! la cárcel es la gran escuela: de allí se sale apto para todo.

Aquí no se forman hombres para nada.

Yo he conocido un ministerio de médicos; parecía una junta de sani-

dad: seguramente á eso se debieron los grandes males que sufrió la patria.

Antes hubo una Corte en que predominaba la misma ciencia.

En ese tiempo se analizaban las leyes por procedimientos químicos.

De ahí que muchas veces se tragaban sus decisiones con la misma dificultad que las píldoras.

Cuentan que un individuo, al saber que había sido nombrado para un empleo de hacienda, preguntó si era de caña ó de café.

Unicamente se han exigido algunas cualidades á los profesores de instrucción primaria. Ya se vé, es un ramo tan importante!

Y eso mismo, no ha sido en todos tiempos, ni siempre se han exigido las mismas dotes.

Hubo un tiempo en que no se po-

día optar á una escuela, sin poseer tres cualidades.

La primera y principal era no tener que comer.

Parece que este trabajo es como el canto, que no se ejecuta bien, sino con el estómago vacío.

La segunda era no saber leer ni escribir.

Los encargados de la instrucción se ceñían estrictamente al proverbio que dice *«el mucho saber perjudica.»*

Si se tenía alguna instrucción, era tiempo perdido toda diligencia, aunque fuese muy sobresaliente en la primera cualidad.

Hubo individuo que comprobó haber vivido tres meses sin comer, con firmas de hombres muy verídicos y respetables, (que son los que comprueban todas las mentiras) y sin embargo, no logró la plaza porque era algo letrado.

Muy bien hecho! ¿Cómo podía enseñar á leer y escribir un hombre que sabía hacerlo?

¿Qué gracia habría en eso tampoco? Lo que tiene mérito es enseñar sin saber; eso es lo que prueba el talento patrio.

La tercera cualidad, y la más fácil por cierto, era tener hijos. Sin ser padre de familia no se podía ser buen preceptor.

Y es muy claro, que sin tener hijos no se puede educar á los agenos.

Esto era en cuanto á los varones.

Para las hembras eran distintas algunas condiciones.

La no envidiable virtud de la pobreza, era siempre un gran título.

La ignorancia, tan indispensable en estos casos, era también muy importante, aunque no de absoluto rigor. Podía tolerarse un poco de instruc-

ción en una maestra, con tal que no fuera mucha.

Pero la gran cualidad, la que por sí sola llenaba todas las condiciones, era el ser hermosa ó tener hija que lo fuese.

Debía de haber una belleza en la casa para que la juventud adelantara.

Eso es muy justo. Una maestra es un modelo, y un modelo debe ser siempre correcto en todos sus detalles.

Si á la belleza se añadía un carácter franco, la diligencia estaba muy adelantada.

Pero no estaba todo hecho; faltaba un corolario para triunfar de toda competencia.

—¿Cuál era este?

—Contar con la protección, desinteresada por su puesto, de algún miembro del Concejo Municipal del Gabinete ó de cualquiera otra corporación.

Si no había en algún alto cuerpo, un miembro influyente que apoyara la solicitud, no se conseguía una escuela por nada de este mundo.

El favor valía más que todo merecimiento, como sucede siempre.

Por fortuna las cosas han variado. Las escuelas principales están bien servidas, y hasta en los campos es fácil encontrar profesores que sepan leer y aún escribir con ortografía; y no serían casos raros, algunos verdaderamente instruidos.

Ojalá sigamos así para que no se anulen los esfuerzos, dignos de todo encomio, que hace nuestro Gobierno por salvar este país de los infinitos males que acarrea la ignorancia.

1880.

CARTAS CARAQUEÑAS

A JOSÉ ANTONIO ARVELO

He sabido en estos días « que estás vivo, aunque casado. » Al fin, si habías de morirte repentinamente, es mejor que hayas escogido la muerte conyugal, que es lenta y dulce, como la de las abejas ahogadas en la miel.

Dios te saque con bien de ese interminable laberinto, que tiene calles de flores y calles de espinas.

Tú no te perderás en él, pues, si el que no sirve para nada, sirve para

casado, ¿qué será aquel que, como tú, sirve para todo?

Supongo que el matrimonio no te habrá desligado de aquellos antiguos lazos, de aquel amor divino, á que tu propia naturaleza te encadena.

Me figuro ver el gesto con que estará leyendo este párrafo tu cara mitad, creyendo que te hablo de aquel calendario de Manolas y Paquitas, cuyos halagos, interesados y falaces, te hicieron ver, al cabo de mil sinsabores, que no había más refugio en la tormenta de la vida, que los brazos de una esposa.

Me refiero á tu amor al arte y á tu admiración por los artistas; se entiende–los verdaderos artistas, no esas familias bastardas que, de propia autoridad, se han introducido en el gremio nobilísimo del genio.

Te hago esta esplicación, porque no ha mucho tiempo que se anunció en

el teatro una « Velada Artística » con grande aparato, y, sabes lo que nos dieron? Un hombre que comía candela, una mona bailarina y un ventrílocuo.

Dime tú que arte habrá en hablar por el vientre, y mucho menos aquí, donde hay tantas gentes que hablan por el estómago?

No es precisamente porque el estómago pronuncia las palabras, sino porque suministra las ideas y hace mover la lengua.

Ponte á ver con cuidado las cosas, y te convencerás de lo que digo.

Cuando oigas á uno de tantos maldicientes furibundos, para quienes no hay nada bueno en el país, obsérvale el estómago, y verás que lo tiene completamente vacío.

Oyes á otro, decir que las cosas pueden componerse, que el país va

en vía de mejorar—Estómago que comienza á recibir caldos claros.

Otro, para quien todo está color de rosa, para quien el porvenir se asoma cargado de venturas—Estómago repleto.

Aquel otro, que comienza á ver sombras en el horizonte, que va perdiendo la fe, que tuvo antes tan firme. —Estómago que se va vaciando, porque tiene más salida que entrada.

No tengas duda, amigo mío: las funciones que en otros pueblos se atribuyen al cerebro, están aquí á cargo de los órganos digestivos.

Lo que llaman por allá *comer*, se llama aquí *pensar*.

Lo que se deriva por allá de una larga meditación, se deriva aquí de un buen almuerzo.

Y me gusta el cambio, porque es más fácil manejar el estómago que la conciencia.

Aparte de que, en los otros países, toda la gente llega á tener, más ó menos, lo que se llama *criterio*, mientras que aquí es cosa rara el tenerle, y hasta perjudicial, tanto, que si algún individuo llega á persuadirse de que lo tiene, lo oculta como un gran defecto, y procede en todo como el común de las gentes, por temor de que lo apaleen ó le encarcelen.

Esto me trae á la memoria el cuento de aquel viajero que llegó á un pueblo, donde todos los habitantes tenían papera, y al verle los muchachos con su cuello natural, comenzaron á tirarle piedras y tomates, y á gritarle —pescuezo de garrafón! —cuello de garza! —en tal estremo, que, si no huye, le descuartizan, sin más delito que no tener papera!

Dime tú, ahora que sabes esta historia, si te atreverás á tener criterio. Algún tonto!

Pero temo que esta digresión, aunque estomacal, sea indigesta, y vuelvo á mis artistas.

Ya habrás aplaudido con calor á Guerra, el gran artista que honra tu hermoso suelo, y que acaba de abandonar nuestro escenario.

¡Qué notabilidad!

Lástima grande que todo tenga fin!

Don Ceferino Guerra, que ha recorrido entre aplausos, los teatros de España y Sur-américa, abrumado por los años y el incesante trabajo, tendrá que abandonar pronto su gloriosa carrera, cargado de honores y condecoraciones.

Y á propósito de condecoraciones, ¿cómo anda ese ramo por allá?

Aquí se abarrotó por completo. Los diplomas llegaron á venderse como billetes de lotería. Se firmaban por resmas y se daban á pares.

Y todo el mundo es Popayán!

Condecorados andan por todo el orbe que, en lugar de medallas, debían tener...

Que bien cuadra aquí la antigua copla:

En los tiempos de bárbaras naciones
De las cruces colgaban los ladrones,
Y en el siglo llamado de las luces,
De los ladrones cuélganse las cruces!

Si esta feria hubiera continuado, la verdadera condecoración sería no tener ninguna.

Pero lo que acabo de lamentar es también una fortuna. Lo falso no perdura, y el desorden mucho menos, porque él mismo es generador del orden.

Tarde ó temprano las sociedades buscan su aplomo, bajo el imperio de la justicia.

Dudarlo, es no creer en la Providencia que rige las naciones, y cerrar los ojos ante la historia del mundo.

Pronto estará concluido el gran teatro que se destina á la ópera.—¡Qué obra tan colosal! Es más grande que Caracas.

Temo mucho que nos sobre teatro y nos falte gente para llenarlo, y dinero para sostenerlo.

Pero en fin, vamos por partes: ya se hizo el teatro, la gente será después: es más fácil que una buena Compañía.

En último caso, hay un medio para arreglar las cosas.

Se ha de subvencionar una compañía para que trabaje? pues subvenciónese también al público.–Entonces el teatro será un grano de anís.

Concluyo por hoy, deseándote mucha suerte, mitad en salud—mitad en dinero.

1878.

EL ORGULLO

Yo no sé por qué colocan el orgullo entre los defectos, cuando á mi ver, es una de las propiedades del corazón humano.

Todo hombre es orgulloso: hasta los humildes fundan en serlo su vanidad.

En el fondo del corazón duerme el germen del orgullo esperando la ocasión para despertar.

Hay orgullos legítimos y orgullos necios; pero en estos últimos, el pecado no está en el orgullo, sino en la necedad.

El hombre más llano no puede dejar de sentir superioridad en ciertos casos, y lo que se siente se expresa, so pena de incurrir en otra falta más grave que el orgullo—la hipocresía.

Pongamos un ejemplo:

Suponed á un hombre absolutamente llano, sin ninguna pretensión: para esto es preciso tomarlo pobre y que no descienda de marqueses; también es preciso que nunca haya escrito para el público, ni siquiera una necrologia.

Este hombre ha vivido siempre en una oscura modestia, ganando el pan de su familia con su trabajo. Es un hombre de bien.

Pero un dia sube al poder un pariente de su mujer ó un amigo agradecido (suponed que existen estos amigos también) y sin buscarlo ni pensarlo, recibe un nombramiento de Gobernador.

No digais que voy poniendo cosas imposibles; admitid que un destino puede obtenerse sin prévia y asidua solicitud.

Nuestro hombre recibe el despacho: el primer movimiento de su ánimo es de repulsión, y con el más ingénuo desden, entrega el papel á su mujer.

Le parece mucho ser Gobernador, aquello es subirlo á las nubes por los cabellos.

No acepta, ni siquiera piensa en eso.

La mujer, que es hija de Eva, al leer el papel ha palidecido y no opina del mismo modo: ella ha pensado en el sueldo, *en las ovenciones*, en las ínfulas; en fin, en que la mujer del Gobernador, es la señora Gobernadora.

Aquí se repite la escena del pa-

raíso, y Adán, siempre Adán, oye las seducciones de la mujer.

Ella le hace esta reflexión.—No ha sido Gobernador Perucho? No lo fué don Andrés, aquel viejo imbécil y corrompido? No lo fué Fulano, que no sabía firmar? Lejos de subir, tienes que bajar para igualarte á tus antecesores.

El hombre medita...

La mujer insiste.

—¿Tú crees que te dan mucho? ¿qué es una triste Gobernación? Tú mereces mucho más.

El hombre toma la noche para reflexionar.

Un gran dolor de cabeza no le permite conciliar el sueño: tiene fiebre.

Es la soberbia, en el período de la gestación, que le produce ese trastorno.

De un lado ha puésto los deberes del empleo; del otro los honores, el

sueldo, las consideraciones. Piensa en un *Te Deum* presidido por él: piensa en que le echarán la llave el Jueves Santo: piensa en que le llamarán *usía;* en el bastón con borlas; en una proclama que va á hacer furor, escrita por un primo poeta que sabe decir muchos piropos: piensa en que va á cambiar de nombre, porque nadie le llamará don Román, sino el señor Gobernador: piensa en fin, todo lo que pensaríamos el lector y yo en igualdad de circunstancias.

En esa noche tremenda se obra la gran transformación:—la serpiente triunfa, la manzana se come.

Don Román acepta.

Amanece comprando casaca, guantes, sombrero de copa alta, botas y bastón.

Por primera vez en su vida se pone un cuello parado; la mujer lo peina

de un modo raro y le retuerce los bigotes.

Don Román se transforma físicamente; tanto que un hijito suyo que le mira andando en el escaparate, al entrar en el aposento, sale despavorido gritando—Mamá! en tú cuarto está un ladrón!

La vecina, que ve salir al desconocido y que, como vecina, vé más lo malo que lo bueno, se queda pensando en aquella visita que, tan temprano, ha recibido la mujer de don Román, y aumenta sus sospechas al verla en la ventana, recreándose en la majestad con que camina el donoso caballero.

Don Román va derecho á prestar el juramento; á ser ungido Gobernador.

Cumplida esta formalidad, se asoma á un balcón y empieza á ver los

hombres como si estuviera montado en la luna–chiquiticos y de distinta forma.

Dos caballeros que van de brazo le parecen una garrapata y un bachaco, cuando en realidad son un empleado antiguo y un comerciante moderno.

Los caballos le parecen burros: él sueña ya con uno de Normandía. ¡Un Gobernador en el caballo más grande del país, andaría con los piés á rastras! En un minuto se ha hecho gigante.

Se instala por fin el Gobernador en el círculo oficial; entra en nuevas relaciones.

Desde ese dia ya nadie conoce á Don Román, ni Don Román conoce á nadie, ni él mismo se conoce: su historia data del juramento: de atrás, no tiene sino una memoria vaga de un tal Román antidiluviano; algo así co-

mo las reminiscencias de un alma trasmigrada á otro planeta.

El gobernador cree firmemente que siempre ha sido Gobernador; que aquello le viene por herencia y que trasmitirá la gobernación á sus hijos.

En todos los periódicos y en todos los discursos se oye llamar el *digno* Gobernador, el *ilustrado* Gobernador, el *activo* Gobernador, y eso le quita hasta la más vaga memoria del pobre Román.

Don Román cambia el andar, muda el gesto, alza la mirada y mantiene el cuello erguido. Habla más alto y con cierto énfasis altanero, poco simpático, pero muy oficial; en una palabra, el orgullo se ha apoderado del modesto y humilde Don Román.

Todos sus amigos le censuran y se irritan de aquel cambio. Yo lo encuentro muy natural: porque admito el corazón humano como está for-

mado. Ni los códigos ni la crítica bastarán á reformarlo.

Por otra parte, Román, con su vista baja, con su vestido descuidado, con su voz suave y su andar humilde, estaba muy bueno para Román; pero un Gobernador parecido á Román, no encontraría quien le obedeciera.

El orgullo pues, es natural y está siempre á la altura en que colocan al hombre las circunstancias; por eso he dicho que dormita en el corazón para despertar y crecer en la ocasión propicia.

Pero observo que en el ejemplo se me ha ido el artículo, y que en vez de desarrollar mi tema sobre el orgullo, he desarrollado un Gobernador.

Vale lo mismo para el lector, que puede cambiar el mote.

A mí me bastará con que le haya entretenido.

1787.

LA TREBELIANA

Cuentan las crónicas antiguas que hubo un don Pedro, jugador de profesión, ó lo que es lo mismo, — de mala fé, que llegó á ser temible por sus trampas, llamadas hoy *ventajas* en el vocabulario de los jugadores de buen tono.

Al fin, su reputación creció tanto, que no encontraba quien jugara con él.

Pero como él no conocía otro oficio, ni era apto para ninguna industria honesta, continuó yendo á las

casas de juego, y se contentaba con el papel de *mirón.*

Hombre muy sagaz, gran conocedor del arte y con ojos de lince, comprendía al momento cuando algún jugador llevaba ventaja en una apuesta, y le decía con disimulo—*Voy la cuarta.*

El ventajoso comprendía que estaba descubierto, y, para no exponerse á que lo delatara, le daba la cuarta parte de lo ganado con su ventaja.

Aquel lance se repetía cada vez que había evidencia de ganar.

Pero como al decir Don Pedro que iba la cuarta, despertaba las sospechas del contrario, optó por quedarse callado, guiñar el ojo cuando más, y después de realizado el lance, decirle en el oído:—En la parada *tal,* fuí yo la cuarta.

El otro se mordía los labios, pero le alargaba el barato.

Así vivía Don Pedro, del juego, sin jugar y ganando sin arriesgar nada. Era socio inevitable de toda ganancia fraudulenta.

Generalizado el ardid, se ha seguido por otros con más ó menos habilidad.

Un abogado le puso á estas *cuartas* el nombre de *trebelianas*, con que se designan en derecho ciertas partes de las herencias.

De aquí que cuando un jugador quiere asociarse á una bribonada de otro, le dice únicamente—*Voy una trebeliana.*

La trebeliana á llegado á ser un derecho reconocido é indisputable en el juego.

Con el tiempo ha ido invadiendo otras regiones, y en el día, donde quiera que hay un fraude, reclaman su trebeliana los cómplices ó sabedores.

Y ya no sólo en las fraudulentas sino en las transacciones lícitas, pero que dependen de otro, hay que pagar una trebeliana para realizarlas. Eso se llama honestamente *comisión* ó *agencia* ó *corretaje.*

En los contratos con los Gobiernos, en todas partes del mundo hay que dedicar ante todo, una gruesa trebeliana para remover obstáculos.

Puede ser que no la haya alguna vez, muy rara por cierto, pero el pobre ministro, ó quien quiera que los autorice, carga siempre, en el concepto público, con su cuarta trebeliana y algunas veces con su tercia.

Gran desgracia por cierto, cuando no la reciben de verdad! Sufrir la dentera sin comer la naranja!

Cajeros ha habido en algunas oficinas públicas, en este mismo siglo, que al presentarse un acreedor con su recibo, en debida forma, le decían,

con el alma traspasada de dolor, por supuesto:

—Siento decirle que no hay fondos por el momento, y como hay otros créditos de preferencia, U. tendrá que aguardar mucho tiempo...

—Pero si estoy urgidísimo!

—En ese caso... yo tengo un amigo, capitalista, que supla la suma... eso sí... él descuenta una trebeliana.

Qué recurso le quedaba al acreedor, sino hacer un descuento bárbaro. Nada más justo. No iba á recibir una preferencia?

Verdad es, que la caja estaba repleta, y que el cajero era un pillo, pero también es verdad que tenía la llave y el secreto, y que el hombre del recibo debía callarse porque tenía que volver al mes siguiente.

—Qué ganaría tampoco con acusarle? Tiempo perdido! porque más arriba del cajero, había un superior,

que llevaba su trebeliana en las trebelianas del cajero.

Pero qué dicha! haber llegado á tiempos de regularidad y de respeto en que un cajero no se atrevería á proponerle á nadie una iniquidad!

En política, y muy particularmente en tiempo de elecciones, se ven más defensas esforzadas, adhesiones incondicionales, lealtades insospechables, y una porción de cosas que parecen convicciones, afectos, deberes y hasta patriotismo, y sin embargo, todo eso es mentira! en el fondo no hay más que la esperanza de pescar una trebeliana, si triunfa el candidato defendido.

Las trebelianas han tenido también su utilidad—han acabado con los contrabandos en grande escala.

Cuando se hacían por la costa, ha-

bía que tapar la boca, con dinero, á todo el que tenía ojos, y al fin, no alcanzaban las ganancias para los guardadores del secreto.

Cuando se hacían por la Aduana, que era lo más mercantil, había que dar una suma al Resguardo, para resguardarse de él; otra al vista, para cerrarle los ojos, otra al despachador, para que lo hiciera *con conciencia*, y el resto del beneficio, había que repartirlo entre los ayudantes.

Después que no quedaba nada para el inocente contrabandista, no faltaba algún empleadillo subalterno que le dijera, en tono lastimero, al entregarle las mercancías. «¿Y á mí, no me toca una trebeliana?»

A qué seguir estas reflexiones!

El mundo está lleno de ruindades!

Ya no sólo se cobran las compli-

cidades infames, sino el cumplimiento del deber.

Algo peor! Ya no se concibe la honradez, y cargan con igual sospecha—el hombre venal y—el hombre de bien!

CARTA ELECCIONARIA

—

El Valle: 28 de enero de 1878.

Al señor general M. A. Arocha y Orellana, candidato para la Presidencia de la República.

Caracas.

He tenido la honra de recibir su circular eleccionaria y el programa de Gobierno, que Ud. seguirá, si llega á ser Presidente, como lo espero, para gloria y galardón de los venezolanos.

Le he dado lugar en la gran colección de documentos de su especie que estoy formando.

Me invita Ud. á incorporarme al gran partido eleccionario que preside, y, desde luego, le ofrezco mi voto y mi ayuda, sin precisar hasta donde llegará esta última.

No tengo la honra de conocer á Ud. y es precisamente por lo que me gusta.

He llevado muchos chascos con la gente que conozco, y quiero probar, si doy en el blanco, con los ojos cerrados.

En cuanto á su programa, le confieso que no ha sido parte á decidirme por su candidatura: no tengo fé en esas cosas.

Pero, como todavía hay gente que cree en programas y en brujas, es bueno que Ud. lo reforme ó haga otro.

Eso no tiene nada de particular entre nosotros. Los políticos cambian de rumbo todos los días, porque saben — que en la variedad consiste el gusto.

Muchos errores le encuentro á su programa, si es que va encaminado á conquistar partidarios.

Dice Ud. que va á « organizar la Hacienda pública! »

Mi General! ¿ que va Ud. á hacer ? y si tal disparate ha pensado, ¿ cómo lo dice desde ahora ?

¿ Cómo se atreve Ud. á amenazarnos con el orden ?

¿ No sabe Ud. que las tres cuartas partes de los venezolanos tenemos que emigrar el día que se acabe el desorden ?

Diga Ud. todo lo contrario ; que va á dar al traste con la ley de presupuesto ; que hará una feria de *imprevistos* y *rectificaciones*, que pagará

todas las reclamaciones hechas y por hacerse; que mejorará á los próceres, y acrecentará su número; que aumentará el montepío de las viudas, hayan ó no sido casadas, y que aquellas que apoyen al candidato tendrán ración doble; que creará sobre sueldos, jubilaciones y canongías, y, en fin, que dará un contrato y un privilegio á cada sufragante.

Ah! si Ud. hubiera dicho eso, cómo se habría levantado la opinión!

Pero todavía es tiempo de decirlo!

Ofrezca Ud., como garantía, que aumentará los derechos aduaneros para triplicar la renta; y no tenga Ud. miedo por eso, que la gente que los paga, no es la misma que vota.

Dice Ud. – « que dará pasto á la inteligencia.»

Válgame Dios, señor Orellana! ¿qué va á hacer la inteligencia con pasto? Ofrézcale pasto al estómago,

que es donde tienen la conciencia y la voluntad los electores.

No olvide Ud. el refrán – *Barriga llena, corazón contento;* lo que en lenguaje político quiere decir – *Bolsillo lleno, partidario adicto.*

Dice Ud. también que « hará cruda guerra á los extranjeros,» y en eso le veo completamente descaminado. Cualquiera diría que Ud. ha perdido el juicio, lo que es de suponerse en quien aspira al tormento de gobernar este país.

Ud. debe atraer á los extranjeros en general; sólo sí, quisiera que nos libertara de ese comercio ambulante, que ha caído sobre nuestro territorio como una plaga funesta, y que amenaza la ruina de nuestros honrados comerciantes del interior.

Pero no concibo como se ha olvidado Ud. de remitirme una cantidad para cohetes y cerveza. Sin cohetes

no se sube á la Presidencia. Sin que los vapores de la cerveza, suban á la cabeza de los sufragantes, en vano pretenderá subir Ud.

Sus enemigos dicen que Ud., lejos de dar dinero, lo pide, y esa calumnia le está haciendo mucho daño á su candidatura.

Vea como desmiente ese rumor: obsequie á sus amigos más connotados con cuatro banquetes de pocas viandas y, muchas botellas: reparta algo entre aquellos que más griten, que serán siempre los que más beban: regale algunos vestidos, que es moneda muy adecuada para comprar votos; yo he visto vender votos muy sagrados por un vestido de seda.

Publique Ud. todos los días catorce pronunciamentos con catorce mil firmas – todas de muertos.

Eso sí, no se meta Ud. con los vi-

vos, para que no vengan después las protestas á ponerle en un conflicto.

Es por ese camino que podemos alcanzar la cucaña presidencial.

Deseoso, señor Arocha y Orellana, de que U. alcance la Suprema Magistratura, para gloria y enriquecimiento de sus conciudadanos, quedo, esperando sus órdenes, muy atento partidario

Q. B. S. M.

LA MENTIRA

Voy á explotar la mentira en provecho de la verdad.

La mentira es la invención más ingeniosa del hombre.

Digo mal ; debe ser invención de la mujer á juzgar por la habilidad con que la maneja.

Sólo la sutileza de la mujer pudo descubrir que había algo *más útil* y *más hermoso* que la verdad.

La verdad era demasiado amarga y pareció mejor sustituirla con la mentira, cuya dulzura se adapta á todos

los gustos, como el maná de los Israelitas.

La verdad es la realidad, siempre descarnada.

La mentira es la ilusión, siempre revestida de galas encantadoras.

La mentira ha adquirido en las relaciones sociales un valor convencional, como la moneda: todos saben que no vale la cantidad porque circula ; sin embargo, nadie la rechaza.

En ninguna parte ha logrado la mentira imperar como entre nosotros : puede asegurarse que la verdad está proscrita como si fuese un crimen proferirla.

Pero es necesario disculparnos de esta falsedad.

Si no hubiéramos hecho esta reforma no tendríamos por millares :

Poetas *inspirados*,

Oradores *elocuentes*,

Dramaturgos *fecundos*,

Militares *bizarros*,
Estadistas *eminentes*,
Artistas *célebres*,
Caballeros *respetables*,
Periódicos *independientes* y
Colaboradores *talentosos*.

Hágase á cualquier ignorante Ministro y al día siguiente aparecerá *ilustrado*.

Hágase á un jorobado, Juez y amanecerá *recto*, sin que esto le impida doblegarse alguna vez.

Oh! la mentira realiza prodigios!

¡Desgraciado del hombre que diga la verdad!

Principiará por no encontrar un creyente, y terminará por ser apedreado.

Dígale U. á una mujer que se pinta, que es coqueta ó fea:

Dígale á un empleado inepto que no cumple con su deber:

Dígale á un poeta ramplón, que sus versos son malos:

Diga U. que no hay buena fe en nada ó que caminamos con los ojos cerrados hacia el abismo:

Diga U. cualquiera cosa que todos palpen, y oirá como le gritan—calumniador! embustero! pesimista! envidioso! malvado!

Yo, que me sé de memoria estas cosas, me dejo llevar por la corriente, y como á todo el mundo le digo que tiene mucho talento, y como alabo todos los versos, y celebro la hermosura de todas las mujeres y el ingenio de todos los artistas, estoy reputado como el hombre de más recto juicio y de apreciaciones más imparciales. Nadie apela de mis fallos.

La sociedad, sin la mentira no podría existir.

—¿Qué es la galantería?

—No es más que la mentira en traje de corte.

—¿Qué es la amistad, llamada-divinidad tutelar y manantial de consuelos?

—No es sino la ruin cortesana de la fortuna.

Observad el espantoso vacío que se forma en torno de todo aquel que cae en el abismo de la desgracia.

—¿Qué es la caballerosidad?

—Qué es la decencia?

—No son otra cosa que la ostentación ó el cálculo vestidos á la moda.

La hipocresía, que tantas reputaciones ha encumbrado, no es más que la mentira en su forma más suave y más sagaz.

El mejor ciudadano será siempre el que engañe mejor al público, lo cual se consigue con hablar despacio y suavemente, saludar á todo el mundo con

una sonrisa benévola; oir misa en el presbiterio y ser miembro de cuatro cofradías.

El mejor servidor no será nunca el que llene mejor sus deberes, sino el que alabe más la estupenda capacidad del superior.

El mejor marido no será el que realce, por su buena conducta, el nombre de la familia que forma, sino el que engañe mejor á su mujer, con la flor que acaba de recibir de mano impura ó con caricias estudiadas.

El mejor discípulo no es el más estudioso, sino el que adula más á los maestros ó el que paga mejor.

Todos los premios son para ese niño.

De todas estas observaciones resulta que—la mentira es el gran eje sobre que gira la sociedad.

Muchos viven engañando á uno para explotarlo.

Uno vive engañando á muchos para explotarlos.

Y en suma, todos los hombres se engañan y se explotan mútuamente.

Desgraciado de aquel que no sepa engañar, porque ese no tendrá desquite en la partida !

Diciembre 30 de 1877.

EL LICOR

A LA SEÑORA NATIVIDAD GARCIA DE FERNANDEZ

Te dedico este cuadro porque lo principio con un recuerdo de tu familia. Acepta este homenaje de aquel niño que se durmió tantas veces en tu regazo.

Yo tenía cuatro años cuando mi adorada madre me llevó, por primera vez, á pasar unos días en el campo.

Fuimos á un trapiche llamado *Caracarapa*, propiedad de una excelente familia que me idolotraba, de la cual sólo quedan restos dispersos.

El tiempo y la muerte han destruido aquel hogar feliz, pero vive en mi memoria el dulce recuerdo y en mi corazón el agradecimiento.

Yo me fijaba mucho en todas aquellas cosas, nuevas para mí, sobre todo en las cañas blandas y dulces de aquel campo y en las raspaduras de azúcar.

De ahí data mi afición á la agricultura.

Había una yunta de bueyes, únicos que labraban aquel pequeño campo.

Se llamaban *Sajarito* y *Pichón.*

Yo me había hecho amigo del gañán y siempre estaba con él.

Me admiraba mucho de ver que aquellos animales, tan fuertes y provistos de enormes cuernos, se dejasen apurar reciamente por el gañán, que á fuer de amigo, los acariciaba al tiempo de enyugarlos.

Después he comprendido eso perfectamente.

Los nombres de aquellos bueyes se grabaron de tal manera en mi memoria, que después de cuarenta años que no los escucho, aun puedo pronunciarlos con el mismo sonsonete que el gañán de Caracarapa.

Así se explica que al ver un par de beodos, á quienes el aguardiente, á manera de coyunda, une con el lazo de la más estrecha amistad, no pueda menos que acordarme de Sajarito y Pichón.

Constantemente van y vienen por mi calle dos seres irracionales con figura de hombres, que llaman mucho mi atención.

El uno blanco, grueso, y manso se me parece á Sajarito.

El otro tostado, flaco y risueño se me parece á Pichón.

Cuando yo los veo venir en estre-

cho brazalete, buscando así, que del desequilibrio individual, resulte el equilibrio colectivo, me he dado á muchas reflexiones.



El licor, como el infortunio, dispone el ánimo á la fraternidad entre sus adeptos.

Digo más:

El licor es un símbolo de alianza.

Dos hombres terminan una querella que ha podido llevarlos á la extremidad de las armas.

Las explicaciones han disipado el enojo, pero falta algo para restablecer completamente, la armonía.

Es preciso cruzar dos copas para sellar el pacto de la nueva alianza.

Una vez apuradas, queda borrado el incidente.

* * *

Se puede comer solo con gusto, pero beber solo jamás.

Es una falta que necesita cómplice para disculparse.

El hombre más mezquino busca siempre un compañero para tomar un trago. Es posible que se lo haga pagar al convidado: esa es otra cuestión.

Pero si no hay á quien decir, levantando la copa –" *á su salud* "– vale más no beber.

El licor es como el amor – pasión de plural – si no hay á quien decir– " yo te amo, " de nada sirven la ternura del corazón ni el ardor de la sangre.



Los amantes del licor forman una comunidad más universal y más numerosa que la masonería.

El que exprimió la pimera uva, sea

Baco ó quien fuere, ha tenido más compañeros que el maestro Hiram.

Los masones necesitan una señal para reconocerse, y cualquiera puede negar que pertenece á la gran familia.

Al paso que, los hermanos de Baco no necesitan hacer ninguna señal para ser reconocidos.

Todos la llevan en la punta de la nariz ó en los ojos brillantes y enrojecidos.

Hay algo siempre en la fisonomía del beodo que va diciendo á todo el mundo – *Ego sum.*

Un individuo de la cofradía llega á una tertulia numerosa, dividida en varios grupos.

Uno de ellos se compone de *espiritistas.*

El recienllegado pasea una mirada en torno y, sin más guía que el instinto, se incorpora á sus compañeros.

Estos le reciben como amigo, sin haberle visto jamás.

Un nuevo alumno es una nueva copa : se pide en el acto.

La conversación es sobre el vapor, y van á beber á la salud de su inventor, del gran Fulton.

El recién llegado quiere asegurar su puesto en la asamblea y dice :

—No señores, ántes de Fulton era conocido otro vapor más importante, de donde acaso tomó su idea.

—Cuál ? cuál ?–preguntan todos.

—¡ El vapor del alambique !

—Bien, muy bien !

— Bebamos por el inventor del alambique, inspirador de Fulton !



El licor ha hecho un gran papel en el mundo.

Cuántas de esas que se llaman gran-

des hazañas, no han sido más que grandes borracheras !

Cuántos generales han bebido su táctica y sus planes de batalla en una botella de licor !

A falta de valor, han tenido el arrojo inconsciente del que no sabe lo que hace.

¡ Y han triunfado !

El éxito de esas empresas locas, despierta mucho interés y crea muchos imitadores.

Por eso hay tantos jefes que ponen sus ejércitos bajo los auspicios de Baco y no de Marte.

Ah ! si se contaran los desastres que ha producido el licor !

Pero no se cuentan sino las hazañas !

*
* *

En el dia el licor se ha hecho un ramo de educación.

¿Quién se atreve á decir que no toma cerveza?

Sería lo mismo que decir—"yo soy un salvaje."

Un joven del gran mundo no luciría ninguna erudición citando á Homero, ni á Tácito, ni á Newton ni á Santa Teresa.

Lo que dá importancia en una tertulia, especialmente de hombres, es citar, entre los teólogos al *Papa Clemente*, al *Padre Kerman* ó á *San Julián-Medoc.*

Si la cuestión es de geografía ó de viajes, es necesario citar á *Valdepeñas*, *Oporto*, *Alicante*, *Cognac*, el *Rin* y *Burdeos.*

Si se trata de los personajes que han levantado más alto el espíritu humano, es preciso citar á *Pedro Jimenes* y á la *Viuda Clicquot-Ponsardin.*

Esta erudición moderna es causa de muy grandes desgracias.

Adolescentes hay, que para hombrearse, se toman un vaso de licor en el lugar más público. Ellos dicen que es preciso que la boca huela á boca de hombre.

Así, no parecería inverosímil que, en cierto baile, la sala danzara al rededor de algunos jóvenes, en lugar de danzar ellos al rededor de la sala.



Yo intenté escribir una sátira amarga contra el licor, que contuviera á tantos jóvenes, que, por preciarse de hombres de mundo, van por esa pendiente marchando á la última miseria; pero no me han salido sino estos párrafos desaliñados.

Lo siento, porque yo quería demostrar que, si todos los vicios son funestos, ninguno arroja al hombre en un abismo más profundo.

El hombre dominado por el licor, pierde el amor á la familia y al trabajo.

Pierde su fortuna y la estimación y el respeto de los demás.

Y finalmente, pierde el imperio sobre sí mismo, que es despojarse de todos los atributos del hombre.



Me parece ver á Sajarito y Pichón leyendo este artículo y entablar el siguiente diálogo:

Sajarito.—Este artículo merece un trago.

Pichón.—Soy de tu opinión: vamos con él.

(*Cinco minutos de intervalo.*)

Pichón.—Sabes que quiero repetir el artículo de Justo?

Sajarito.—¿ Para qué ?

Pichón.—Para volver á celebrarlo.

Sajarito.—Magnífica idea! pero debemos celebralo con vísperas—un trago antes y otro después!

Pichón.—Lo tomaremos por texto del día!

Duo.—¡A la salud de Justo!

Reid de mí, insensatos—yo os compadezco!

1880.

ARTICULO DE COMERCIO

PESAS, MEDIDAS Y CALIDADES

El comercio es un campo de batalla – en un bando los vendedores, en otro los compradores.

Estos eternos enemigos ofrecen una gran particularidad y es que, si no se aman precisamente, por lo menos no se aborrecen.

No se injurian, ni se repelen, sino se atraen, se galantean, se enamoran.

Son como los luchadores, que se abrazan para derribarse.

En los combates, no brilla el acero sino la astucia.

El odio no ejerce ningún papel, porque la batalla no es del hombre, contra el hombre, sino del hombre contra el bolsillo, y los bolsillos no despiertan rencor sino avaricia.

No hay pues pasiones de por medio, sino intereses, pero como el interés anda siempre en desacuerdo con la justicia, la lucha tiene que ser eterna.

Sólo hay tres casos en que el comprador y el vendedor se entienden sin discusión.

1º Cuando no cuesta nada lo que se vende.

2º Cuando no se piensa pagar lo que se compra.

3º Cuando es otro el que paga.

Fuera de estos casos, que no son muy raros, tiene que haber lucha pa-

ra fijar el precio convencional de las cosas.

He dicho *convencional*, porque yo sostengo que no hay valor intrínseco.

Cada cosa vale según la estiman el que la posee y el que la necesita.

No creo tampoco en la estimación de expertos, porque he visto algunos que no han sabido estimarse á sí mismos.

He conocido peritos de oficio, que antes de fijar el precio de un objeto, han estipulado el suyo.

Son, pues, los contratantes los únicos avaluadores competentes.

Las exigencias del comprador han ido estrechando al vendedor y aguzando su astucia.

El uno se ha dado artes para reducir los precios, el otro para reducir la cantidad y la calidad de la mercancía.

Estas dos reducciones han venido

á encontrarse en un término absolutamente proporcional.

Los precios han bajado, pero obsérvase que—

la libra de hilo ha bajado á 12 onzas,

la libra de velas á 8.

la arroba de pasas á veinte libras,

Y así sucesivamente.

Las telas de hilo bajan en razón de la mezcla de algodón que se les pone.

No ha mucho tiempo que comprando yo un quintal de clavos, disputaba con el vendedor en éstos términos.

—Mi amigo: este barril de clavos no está completo.

—Sí, señor, me replicó, tiene noventa y cinco libras.

—Pues eso digo yo, que le fltan cinco.

—No, señor, porque un quinal de clavos pesa noventa y cinco libras, me contestó magistralmente.

Después de esta lección de aritmética, pagué mi dinero completo.

Desde ese día he variado mi modo de comprar.

Antes de preguntar cuanto vale una arroba de carne, por ejemplo, pregunto ¿cuántas libras de carne me dá U. por una arroba?

Afortunadamente mi proveedor es hombre de conciencia y nunca me dá más de veinte libras—eso sí, completas.

Ya sé que su quintal tiene cinco arrobas, y puesto que es más grande que los otros, lo prefiero.

Una cosa parecida me sucede con los lecheros. Oh! esas cantimploras ambulantes me dan mucho trabajo, no precisamente por la leche, sino por el agua.

Y no es que yo busque leche pura por las calles, que jamás pretendo imposibles: yo me conformo con que

el agua sea pura, no de cloacas, y conque el poco de leche que le mezclen no sea de javillo.

Yo pregunto ? cuánta leche contiene una botella de agua ? Si tiene siquiera la mitad, es inmejorable.

Tampoco soy exijente con el vino: me conformo conque tenga buen sabor y no me haga daño.—Jamás he averiguado su pureza, y mucho menos desde que en la patria de las viñas he oído decir—*«aquí se hace vino con todo—hasta con uvas!»*

Tampoco sé si me gustaría puro: sospecho que no, y me fundo en un caso que me ha sucedido.

Helo aquí. Me propuse hacer voto de pobreza, y como no había conventos, me hice agricultor, que era lo mismo para satisfacer mis deseos de andar descalzo y comer legumbres.

Entre otras provisiones que pedí á mi comisionista, me envió un gran

pote de café molido, muy barato: procedía de una fábrica muy acreditada que le mezclaba, á lo sumo, dos tercios de maíz tostado.

Era, pues, un café muy regular: sin embargo, no me gustó: pensé rechazarlo, pero como un agricultor no es dueño de darse todos sus gustos, me resigné á tomarlo, contando con la ayuda muy eficaz de la cocinera y su larga parentela, para que se acabara pronto.

Al cabo de algunos días el café me parecía excelente: ya me había aquerenciado con su sabor de gofio.

Pero un día me supo amargo, detestable y no pude tomarlo.

Llamé á la cocinera y le pregunté:

—¿Qué diablos tiene hoy este café, que no puedo pasarlo?

—Nada – me respondió—es café de primera, acabado de tostar, porque el de maíz se acabó.

—Eso debe ser—la dije avergonzado—tengo que aprender de nuevo á tomarlo puro.

Si esto me ha sucedido con el café ¿qué me sucederá con el vino?

Pero veo que he escrito mucho y no he dicho nada, y temo que en las próximas elecciones me hagan Senador.

Yo pretendía demostrar que la calidad y cantidad de los objetos de comercio, tienen que estar en relación con el precio que se quiere pagar, y que por tanto, lo que á la simple vista parece un fraude, es una convención entre compradores y vendedores—sin que esto quiera decir que las *convenciones* no sean fraudes algunas veces.

Lo bueno es caro, lo barato tiene que ser malo. La gente quiere lo bueno barato, pues no hay más re-

medio que convertírselo en malo; luego el fraude nace del comprador.

Vaya un cuento.

Yo tengo un pariente en cuya mesa suele haber más gente de la que invita á comer.

Cada vez que llega un huésped inesperado, toca la campanilla: ese campanillazo advierte á la cocinera que debe ponerle una taza de agua á la sopa.

Cuando la reunión es numerosa, la sopa se convierte en un mar, donde el pescar un grano de arroz, es tan dificil como pescar una perla.

En el comercio cada peso que se rebaja es un comensal inesperado que llega.

Yo encuentro eso muy natural.

Lo que es intolerable, es lo que su-

cede en otros países–que se marcan, por ejemplo, 28 varas sobre una pieza de género que solo mide 25; porque, mientras más vende el detallador, más pronto se arruina.

Yo respondo de que esto no lo hace ninguna de las respetables casas de nuestro comercio actual: pero hay quien diga que si llegara á suceder algún día, no sería la primera vez.

1880.

COSAS DEL DIA

TERCERA CARTA A ANDRES

Te escribo, Andrés, porque en nada puedo emplear mejor el día de fiesta, ya que no lo santifico en las cantinas, ni en otros pasatiempos inocentes, de los muchos que hay en esta capital.

Todo va marchando en paz y del mejor modo posible, y si no fuere á contento de todos, consiste en que, el mismo Dios, no ha encontrado la clave de todos los gustos.

La inconformidad parece ser una de

las propiedades del alma, y tanto es así, que los filósofos, persuadidos de que la felicidad es imposible, la han cifrado en la conformidad.

Así, no te alarmen las voces que dejan correr los descontentos con la nueva situación.

Creeme á mí que te digo—Vamos bien, y espero que seguiremos lo mismo.

Y debes creerme, porque me encuentro hoy lo mismo que ayer y lo mismo que pienso estar mañana; siempre lejos del que manda, siempre exento de su privanza.

Los partidos, que hasta ayer se disputaron la victoria en el palenque eleccionario, se han unido patrióticamente, con esa generosidad ingénita del corazón venezolano, donde los amargos rencores no se arraigan, aunque mucho los estimule el interés.

Algunos cambios se han hecho en

el personal administrativo, pero ninguno que signifique cambio de programa.

Tan patriotas son los que salen como los que entran, y todos persiguen el mismo ideal; aunque tengo para mí que, en la política de nuestros tiempos no hay ideal – todo es real.

Es muy justo que el hombre que sube al poder llevado por un círculo, se rodée de ese círculo, siguiendo la célebre máxima de Rojas—«El que no manda con los suyos se suicida.»

He aquí lo que significan los cambios: nada más.

En el ramo de finanzas es donde se han hecho más nombramientos y debo añadirte – con gran aplauso, especialmente de los nombrados.

Uno de los caídos es don Bruno: perdió su aduana y está de duelo; pero como los duelos con pan son menos, no se morirá de pesar.

Es una lástima que lo hayan relevado, porque ya, de tanto ver números y dinero, había aprendido á multiplicar y sobre todo á partir; cuando entró al servicio público sabía hasta restar: algo adelantó en diez años.

El ha sentido separarse, porque se prometía, en otros diez, hacerse competente para el puesto.

Lo han sustituido con otro hombre bueno, y muy capaz también, de aprender algo, porque es aficionado. No sabe, es verdad, pero nadie nace aprendido: ya verás, cuando lo cambien, como le vamos á sentir.

Este Gobierno alternativo tiene ese inconveniente,–que relevan al hombre cuando va aprendiendo á ser útil: pero ¿qué quieres tú? la patria es de todos; todos debemos comer; y ya que no puede ser á un tiempo, comamos unos primero y otros después.

El que no cae nunca es don Cirilo!

Allí está donde le dejó tu abuelo, donde le conoció tú padre, donde le encontraste tú y donde, probablemente le dejarás.

El puede decir, parodiando á Napoleón—«Ciudadanos! desde lo alto de esta curul ha cuarenta siglos que os contemplo.»

Es uno de esos hombres—porfiados que siempre están parados, como esos muñecos que tienen los piés de plomo y el cuerpo vano, que jamás se acuestan.

Y más bien que lo conserven en su puesto, porque al fin, ya maneja su negociado durmiendo; así es que, auque vive dormido en la butaca, su trabajo va andando, y si no anda muy de prisa, al menos el sueldo, va que vuela.

Aquí está aquel viejo borrascoso que llaman por allá el capitán Centellas.

Está muy conservado; prodigios del licor!

Este hombre se parece á aquellas culebras que se conservan en el Museo; con la diferencia de que allá las culebras están dentro del alcohol, y aquí, el alcohol está dentro de la culebra.

Trae cien cartas de recomendación para que le consigan un empleo: por supuesto ninguna dice para qué sirve, ni si es hombre de bien ó inteligente, sino que es muy adicto al Jefe del Gobierno y que ha trabajado mucho en su elección.

Con eso creen algunas gentes suplir todas las apitudes, y voy viendo que no se engañan.

Centellas me visitó y me entregó una carta. Seguramente supo que tuve mucha amistad con un Ministro actual, antes de serlo.

Yo le pregunté:

—Vamos; y qué empleo solicita U?

—Hombre, yo me conformaría con las Rentas de mi pueblo, ó con el Correo.

—Muy bien. U. sabrá bastante contabilidad y tendrá buena letra?

—No señor; no la tengo muy buena, ni muy mala siquiera; no sé leer.

—Ah! pues entonces no me parece U. muy á propósito para las Rentas, pero lo encuentro muy bueno para el Correo; está U. educado para el puesto.

—Y por qué? preguntó Centellas.

—En primer lugar porque U. no violará jamás la correspondencia.

—Oh! señor, cuándo! imposible! Yo soy incapaz de violar nada.

—Sinembargo, yo quiero garantía, y el no saber leer vale más que una hipoteca.

Para abreviar el cuento te diré

que me puse el sombrero y llevé mi hombre y mi carta donde el Ministro.

Lo presenté diciendo lo que necesitaba y las aptitudes que tenía.

El Ministro, á pesar de ser Ministro, se sonrió, y me dijo:

—Según eso, U. cree que el señor Centellas puede servir un empleo?

—Yo no creo nada, señor Ministro —le respondí—pero yo he visto tantas cosas en este país, que tampoco dudo nada. Además de eso, los venezolanos son por naturaleza inteligentes, y cualquiera puede desempeñar un empleo público, y si alguno hay que no sirva para eso, es porque no sirve para nada.

Diciendo esto le hice una reverencia y salí, dejando á mi recomendado ya en camino.

Hasta otro día.

Marzo 18 de 1877.

LA MEJOR CARRERA

Los padres se desvelan por dar á sus hijos lo que se llama una carrera.

Tontería! lo importante en la vida no es *tener*, sino *hacer carrera.*

Véase cuan pocos son los hombres que llegan á hacer fortuna con una profesión.

Eso viene de que es muy difícil acertar en la elección de una carrera que armonice con las disposiciones del individuo.

Por eso se ven con frecuencia :

Médicos, que no tendrían precio para militares, pues para matar á un pueblo entero, no necesitan más arma que una pluma.

Abogados, que pierden todas las causas, y por último la clientela:

Curas, que en vez de ser pastores, son lobos de su grey:

Comerciantes, que viven mientras tienen capitales extraños que consumir en sus especulaciones.

Y por el mismo estilo cien casos.

Al mismo tiempo se vé que son más los hombres que no tienen propiamente carrera, industria ni oficio, y que, sin embargo, viven mejor y se elevan sobre los que la tienen.

Estas y otras observaciones que me callo, han venido á darme el convencimiento de que—la mejor carrera es no tener ninguna.

El que no sabe hacer nada, está en capacidad de hacer todo.

Pero el hombre que se dedica á un oficio – es un hombre perdido.

¡ Desgraciado de aquel que aprende á hacer sombreros ó zapatos !

Tiene que morir en el taller.

Por grande que sea su aptitud para cualquiera otra cosa, al dar la menor muestra de ella, todo el mundo le grita —"Zapatero á tus zapatos."

Si alguien, conociendo su probidad y su patriotismo, le asoma como candidato para un puesto público, todo el mundo le rechaza diciendo :— qué puede esperarse de un zapatero ?

La opinión se fija en cualquier holgazán, embustero, vicioso y algo peor– ¿ por qué ?

—Porque entre sus muchas tachas, no está la de tener oficio ! porque no ha cometido el crimen de aprender á hacer zapatos !

Tener oficio, pues, es renunciar á

todo cargo honorífico; es desheredarse de todo derecho.

Por otra parte, desde que se aprende un oficio, se hace la intención de trabajar, y yo tengo visto que los que trabajan son tributarios de los que no trabajan, y prefiero tomar plaza entre los señores y no entre los vasallos.

Yo tengo tres hijos que son toda mi esperanza.

Desde que pensé abrirles camino por el mundo, destiné al primero para no hacer nada, y á los otros dos para que lo ayuden.

Por fortuna los muchachos tienen vocación para seguir mis ideas.

No quieren ir á la escuela: no quieren tomar la cartilla: tienen horror á las letras.

Están pues, libres de esa carrera, que es la peor de todas, en un país, donde el hacer un verso, por malo

que sea, ó un artículo superficial como éste, es lo mismo que haber estado en presidio y quedar sujeto á la vigilancia de la policía perpetuamente.

Desde que presumo que mis hijos no sabrán nada, estoy tranquilo, porque los veo en camino de ser hombres importantes.

¿Para qué sirven las letras?

He conocido hombres de profundo saber, sumidos en la más espantosa miseria; relegados al más cruel olvido.

Acaso los habrían empleado en el comercio ó en otra industria, pero— *sabían tanto...!*

En los puestos públicos son más útiles los adictos que los inteligentes, y como hay tantos que se apresuran á protestar adhesión, sobre todo cuando no la tienen, nunca hay que

apelar al recurso de emplear á un hombre, sólo por su inteligencia.

¿Para qué hacen falta las letras?

Conocí un maestro de escuela, que hacía la siguiente explicación:

Salchichón, es una palabra compuesta del sustantivo *sal* y del aumentativo *chichón*.

Y sin embargo, tenía tres medallas en el pecho, en lugar de tener tres chichones por bestia.

Verdad es que el oficio no da para frecuentar los salchichones, y nadie conoce á fondo aquello que no practica.

Conocí un tribuno que escribía Gobierno con *v*, y á pesar de eso alcanzó, los más encumbrados puestos.

He visto diputados que no sabían firmar, y no por eso dejaban de ser hombres de importancia, y su voto decidió muchas cuestiones graves, y fué un voto valioso, como podrían

atestiguarlo aquellos que lo compraron.

A qué seguir? Obsérvese que aquí de los hombres sin carrera, sin educación para nada, es que se han formado los hombres más notables.

No se me arguya con Vargas y Guzmán Blanco que se formaron en las Universidades.

El primero, fué una excepción; el segundo, es un hombre excepcional.

Dos casos especiales no pueden destruir la regla.

«La mejor carrera es no tener ninguna.»

Noviembre.—1877.

LA HONRADEZ

Yo no conozco una picardía más grande que ser hombre de bien!

No comprendo como los pillos no han caído en ello.

Qué se proponen con sus pillerías? Enriquecerse? ¿alcanzar una posición social?

Pues eso lo conseguirían más fácilmente siendo hombres de bien.

Los pillos no han calculado que mientras ellos están atisbando la ocasión de apoderarse de un negocio por

sorpresa, al hombre de bien le solicitan para entregárselo.

Por otra parte, los medios que emplea el pillo se van agotando ; su camino es una pendiente que conduce á la abyección, á la miseria y á la cárcel.

Mientras que la esfera del hombre honrado se va ensanchando : él marcha en una carrera ascendente, á la fortuna y á la consideración social, que es la suprema corona del buen comportamiento.

Esto no quiere decir que algunos pillos no lleguen á adquirir fortuna y por consiguiente, respetabilidad, pero esas son *honrosas* excepciones de la regla.

En general, alcanzar una buena reputación es adquirir un capital.

Es más todavía :

Es comprar una bula para que

todas nuestras acciones sean bien interpretadas.

Vaya un caso práctico.

Un hombre bien conceptuado ha tenido á su cargo una obra pública:

Al concluirla presenta una cuenta enorme:

Todo el mundo avalúa la obra por la mitad de lo que cuesta al erario.

—Aquí se ha robado mucho!— dicen algunos que no conocen al honrado director de la obra.

Pero la gente que le conoce raciocina así:

« Don Honorato dice que ha costado el doble, y debe ser cierto, porque lo dice Don Honorato.»

Entre tanto Don Honorato se ha guardado ó ha podido guardarse, impunemente, la mitad de la suma que ha cobrado.

¡Oh ventajas de la hombría de bien!

Bernabé Díaz, aquel gran talento práctico, de grata memoria, que hablaba siempre aforismos y verdades extravagantes, decía que la honradez era contraproducente en ciertos casos.

—Jamás!—le repliqué alarmado.

—Oyeme—me dijo—figúrate un hombre que ha sido administrador de una aduana:

Robó ó no robó: eso lo sabe él.

Pero el público cree que ha robado muchísimo...

—Porque el público es muy mordaz —le interrumpí.

—Porque el público no es tonto, y sabe que al que anda entre la miel... En fin déjeme seguir.

—¿Crees tú que al ex-administrador le conviene probar que no ha robado?

—Por supuesto!

—Disparate!–me replicó, riéndose

de mí–debe darse tono de millonario para que todo el mundo le considere y quedar de candidato para otro empleo más elevado.

Pero si deja ver que no robó, si se descubre que no tiene un centavo, todo el mundo le tendrá por un imbécil y será declarado, para el resto de su vida, incapaz de ejercer empleos de confianza.

Yo me espanté de las ideas de Bernabé, porque yo todavía me espantaba de algunas cosas.

Pero después he visto tanto, tanto, tanto, como decía el otro, que he exclamado muchas veces:

—Bernabé tenía razón!

Con frecuencia oigo decir – *fulano es muy honrado* – de hombres ó mujeres de quienes yo tengo una opinión contraria.

Eso me ha obligado á averiguar cómo debe entenderse la honradez,

En absoluto debe considerarse como una piedra preciosa, brillante por todas sus faces – es decir – la honradez es el conjunto de todas las virtudes.

Pero no se entiende así en el mundo – cada uno busca que la piedra brille por la faceta que le conviene – no importa que no esté pulida por las otras.

Para un comerciante la honradez consiste en pagar á tiempo.

Para probar la honradez de un hombre es necesario poner su firma en venta.

El precio que se obtenga, fija el valor de su crédito – del crédito se deduce la honradez – el efecto se convierte en causa.

Un hombre puede apalear á su mujer, abandonar á sus hijos, estafar en el peso y la medida, y á pesar de

eso, ser muy honrado, porque paga con puntualidad!

Cuántos bribones hay que, robando á todo el mundo, se han puesto en capacidad de ser hombres de bien!

Y cuántos hombres, verdaderamente honrados, han pasado por pillos porque la desgracia los ha obligado á quedar insolventes!

Para los políticos la honradez consiste en la fidelidad á una causa: no importa que se abandonen todos los demás deberes.

Las mujeres, como las piedras, tienen también su faceta luminosa para juzgarse.

¿En que consiste la honradez de la mujer?

He aquí una pregunta que le pone un tarugo en la garganta á cualquiera.

Ningún libro trae esta definición,

La honradez de la mujer consiste en una sola cualidad.

Una mujer puede ser embustera, irreligiosa, hipócrita y tramposa, y sin embargo de todo, ser muy honrada.

No sería extraño un marido que dijese–mi mujer derrocha mi patrimonio, descuida á sus hijos, es díscola y ociosa, pero todo se lo perdono porque es muy honrada.

Así pues, cada cual estima la honradez á su manera.

Casi es cuestión de conveniencia ó cuestión de gustos.

Sucede con esto como con las bestias.

Para algunos el mejor caballo es el más elegante.

Para otros, el más fino.

Para muchos, el más fuerte.

Conocí un viejo que decía—mi mu-

la es tuerta, burda y fea, pero es muy buena, porque no se va de manos!

Cada cual piense lo que quiera.

El mundo siempre será el mismo.

Pero si algo puede servir de guia al hombre para proceder con acierto, es no olvidar nunca esta máxima:

—La mayor viveza es andar siempre por el camino real.

1878.

EL COMISARIO

Hé aquí el empleado más importante de este país.

Es la última rueda de la máquina gubernativa y, sin embargo, es la primera con que tropezamos al movernos.

Es la más pequeña y la que pesa más sobre todo el mundo.

El comisario está en todas partes, aunque sólo se descubre en ciertos casos.

Dele U. un bofetón á cualquier pilluelo insolente y tenga U. *algo:*

en el acto se presenta el comisario á llevarlo á U. preso ó á pedirle una indemnización que satisfaga la vindicta pública.

El comisario, aunque muy severo, prefiere cobrar en dinero los bofetones: no está por la pena corporal.

Líbreme Dios de pensar que el producto del bofetón vá á ser dividido con el muchacho!

Todo queda en la comisaría!

En cambio el mismo pilluelo le rompe á U. las narices de una pedrada: sale U. con los chorros de sangre buscando al comisario y no se deja encontrar en ninguna parte.

Tres días después, cuando la tintura de árnica ha satisfecho la vindicta pública y deshinchado las narices, encuentra U. al comisario: pero ahora viene animado de un espirítu de tolerancia muy laudable, y le convence á U. de que el chico es un

tronera sin mala intención; de que no tiró á pegarle á U.; de que fue U. quien metió las narices y de que él es un bribón.

En el diálogo resulta que el muchacho es hijo de una solterona muy honesta que vive al lado del comisario, y que probablemente le pagará la pedrada con costas, y tiene U. que sobreseer en el asunto.

Parece una exageración lo que voy á decir.

Nadie puede vivir tranquilo en esta tierra, si no está en buena inteligencia con el comisario.

Los ministros, el gobernador, el prefecto no tienen á su lado ninguna importancia: son muy secundarios.

La razón es muy sencilla.

Estos altos personajes no se acuerdan de que U. existe; al paso que el comisario no piensa más que en U.

Desgraciado de aquel que se ponga de cuernos con el comisario!

Hoy le multa porque no barrió;
Mañana porque no puso bandera;
Después porque botó agua sucia;
Otro día porque no salió á la patrulla;

Otro porque no concurrió á la milicia;

Y en último caso le denuncia por sospechoso.

No hay más remedio que comprar la paz ó mudar de domicilio!

En los campos sucede todavía peor.

No hay más Dios ni más ley que el comisario: ejerce un poder absolutamente discrecional.

Todo el mundo está obligado á servirle de balde.

Hay que comprarle todo lo que él venda, aunque sea malo y caro; eso sí, el dinero se le entrega siempre

adelantado para evitar equivocaciones.

En cambio hay que venderle todo lo que quiera comprar; pero en este caso no exige que sea de contado, ni siquiera á determinado plazo; él se encarga de fijarlo y no hay temor de que se cumpla.

Es preciso elogiar mucho su energía y los bienes que reportan el Gobierno y el vecindario de su autoridad.

Es indispensable beber con él siempre que se encuentre qué.

Eso sí, no hay que discutir sobre el pago.

El no permite jamás que Ud. deje de pagar.

Es obligatorio prestarle dinero cuando lo necesite, cosa que empieza á sucederle al recibir el nombramiento.

En este caso hay la ventaja de que

no incomoda sino cuando viene á pedirlo, porque él no comete la imprudencia de volver á pagarlo.

En tiempos que yo no alcancé, la comisaría era una carga concejil que se imponía por fuerza á los ciudadanos: en el día, y desde que yo hago memoria, es un empleo de lucro para el que sabe ejercerlo.

¿Pero qué mucho que lo disputen las gentes ignorantes, que creen realzarse con ese átomo de autoridad, si yo conozco pueblos, donde un puesto en el Concejo Municipal, se codicia por personas de educación, como un premio de lotería?

Esa carga reservada, á los patriarcas en todos los pueblos de la tierra, la he visto comprada por personas para quienes debiera ser muy onerosa. Y no se crea que lo hicieran por vanidad, pues hoy no se vive de humo sino de algo muy sólido.

Ellos han encontrado el secreto de convertir en mina el árido Concejo y saben sacar de él, cuando no honra, pingüe provecho.

Gentes he conocido yo, que no han tenido más oficio ni beneficio que ser concejales, muy gordas y rozagantes.

Verdad es que esto no sucede en todos los pueblos del país, pero también es verdad que no es caso raro.

Lo peor que tiene el comisario es que, después de saborear la autoridad, no quiere volver á la condición de ciudadano: necesita seguir siendo *señor*.

Y no se contenta con mandar una cuadra ó un barrio; quiere estender sus dominios; está en asecho de una revuelta para subir un escalón.

Ya se cree con derecho á no trabajar, y todos sus pensamientos se encaminan á la perpetuidad del mando.

El comisario, pues, creado para ga-

rantía de los ciudadanos y resguardo inmediato de sus derechos, ha venido á ser una amenaza.

Cuentan los viejos que en tiempos antiguos los comisarios fueron hasta útiles, pero en el día, yo creo que suprimiéndolos, daríamos un gran paso hacia la libertad y en favor del sosiego público.

Nada habremos hecho mientras tanto, con escribir códigos y consagrar derechos, ni con tener gobiernos eminentemente liberales. El comisario nos encierra en una órbita de hierro, donde no penetra la acción de las leyes.

Pero se creerá que yo he querido pintar un país inhabitable, dado que la plaga-comisario está diseminada en toda su extensión.

No es así: *mi comisario* es un tipo muy generalizado; pero entre los que ejercen este cargo, hay gran número

de hombres honrados que contrastan con éste por su moderación y buena conducta.

Con esos no hablo yo, sino con los que deshonran el empleo.

Si en cada vecindario hubiera un solo ejemplar del tipo que dejó bosquejado, habría que emigrar de Venezuela.

Hoy, basta con emigrar de barrio!

1878.

EL AÑO NUEVO

De ayer á hoy no ha pasado un día completo, y sin embargo, parece que hay un siglo de por medio......

Ayer era 1871.....

Hoy, esa cifra no tiene ninguna significación: son cuatro números grabados sobre una lápida para decir á las edades futuras:

"Aquí yacen los sucesos de 365 días!"

Parece que ningún lazo nos ligaba á ese año: al espirar nadie le ha sentido, ni siquiera porque se ha llevado

consigo doce meses de nuestra existencia.

Ni una lágrima, ni una rama de ciprés han caído sobre esa lápida...... y todavía están calientes las cenizas que cubre !

El que tal día como hoy recibió los homenajes del mundo entero : el que fue esperanza de todos : el que presidió hechos tan notables como la creación de un grande imperio frente á la ruina de otro, más grande todavía : el que fue primera palabra de todos los tratados : el que deja, en fin, á la historia, la obligación de inscribirlo en sus páginas inmortales, ha sucumbido, como acontece entre los hombres al que no ha de levantarse más–abandonado de todos !

La humanidad solo tiene hoy flores para regar sobre la cuna del año que nace.

Reunida á su alrededor, harta de

manjares, ébria de licor, danza al són de alegres panderetas:

¡Siempre la misma miseria!

—El menosprecio para el caído: el aplauso para el que se levanta!

Los hombres reciben el año nuevo con la sonrisa en los labios y el contento en el corazón.

Es un nuevo señor que se instala y es preciso rendirle homenaje.

¿Hay razón para esa alegría?

Nó: pero los hombres no se toman cuenta de su locura: ellos baten palmas ante el año nuevo para captarse la buena voluntad del tiempo que principia: para adular á la fortuna: acaso pretenden en su demencia cohechar á Dios, que es el supremo dispensador de todo bien.

Verdad es que nosotros debemos esperar que este año sea mejor que el pasado.

Muy poco trabajo le costará!

¿ Qué nos ha legado 1871 ?

Divisiones sangrientas ! rejuvenecidos los antiguos odios ! triste luto ! espantosa miseria !

Pero volvamos la vista á la familia universal.

Se viste de galas y prepara banquetes, para celebrar la llegada de un huésped que no ha visto nunca.

Se llena de regocijo como si el recienvenido trajera el remedio de todos sus males.

El adolescente temerario, que sueña gloria y fama y que se ve detenido por su corta edad, exclama alborozado— " Hoy tengo un año más ! "

Infeliz, que cree tener lo que ha perdido.

El ignora que los años no se suman sino se descuentan :

Que tener un año más es tenerle de menos :

Que alejarse de la cuna es acercarse al sepulcro!

Mirad aquella cándida virgen. Cuántas esperanzas cifra en ese año que tiene por delante!

Ella ve, en forma de arco iris, la portada de su juventud.

¡ Pobre niña !

¡ Quién pudiera detener tus pasos !

Más allá de esa portada seductora hay un desengaño para cada ilusión......

El mismo año que celebras gozosa, verá correr tus lágrimas amargas!

Tierna planta, que ansía las dulces brisas de la primavera para coronarse de flores, sin saber que más allá viene el inplacable otoño que ha de llevarse hasta su última hoja......

Cuántos de los que reciben el año con la copa levantada, señalados por el dedo inflexible del Destino, no verán su último sol!

Mejor que los alegres brindis, sentaría en sus labios aquella fórmula antigua:

—*Año nuevo! los que van á morir te saludan!*

¿Quien podrá contar con este año cuya aparición nos llena de esperanzas?

Ciertamente que nadie: pero por más que se reflexione que el tiempo no nos pertenece, y que es como una cadena sin empates, engarzada misteriosamente, no podemos prescindir de hacer alto la noche del 31 de diciembre y de holgar un poco para continuar al día siguiente el camino de la vida.

Todas las cuentas se cortan: se da nuevo giro á los negocios: se trazan planes, se hacen propósitos diferentes.

No se puede seguir la marcha sin sacudir el polvo y acomodar la carga!

¡Oh año nuevo! goza de tu efímero imperio!

Tus días están contados!

12 meses más y ya dormirás en el olvido, al lado de 1871!



EL NOMBRE

El nombre influye mucho en la suerte de los hombres y de las cosas.

Muchos hombres que no servían para nada, han debido su elevación únicamente á su nombre.

Y muchos, con grandes aptitudes, han muerto en la oscuridad por falta de un nombre.

Yo creo que si Napoleón se hubiera llamado Presentación, no habría pasado de tambor mayor ó de capellán de un regimiento.

Si Bolívar se hubiera llamado José

Pérez se habría quedado siempre un excelente Don Pepe, y la Independencia de Colombia no habría salido de su pensamiento.

En las mujeres hago una observación semejante.

Una mujer puede ser coqueta, vana y todo lo que sigue á estas flaquezas, con tal que tenga un buen nombre que la cubra.

He conocido algunas mujeres, livianas como una pluma, y que sin embargo han sido señoras de gran peso en la sociedad, porque estaban bajo el pabellón de un nombre distinguido.

Aquí cabe muy bien aquel principio de derecho internacional—*el pabellón cubre la mercancía* poco importa que esté averiada.

El nombre es como la fisonomía, que se adelanta á producir buenas ó malas impresiones.

La mujer más bella perdería todos sus encantos si supiéramos que se llamaba Matea.

Empezad un billete amoroso con estas palabras :

Mi adorada Matea !

Estoy seguro de que no podríais concluirlo.

Muchas gentes dicen desdeñosamente,—*eso es cuestión de nombre,*— dando á entender que el nombre no vale nada, que es una cosa muy secundaria. ¡Grave error!

El nombre es parte integrante de las cosas.

Los políticos, que son los hombres más hábiles, han especulado mucho con los nombres.

Ellos tienen una baraja de nombres sonoros, de que se sirven según los casos, en variadas combinaciones.

Una carta dice—*Libertad*, otras—*Derecho* — *Justicia* — *Humanidad* —

Pueblo—Opinión — Soberanía —Lealtad—Sacrificios—Abnegación—Patria — Porvenir.

¿ Qué es todo eso ?

—Una docena de nombres que representan otras tantas cosas imaginarias.

Pues bien, mezcladlos con unos verbos y unas preposiciones ; ponedlos en un globo ; dadle diez vueltas al manubrio ; sacadlas al acaso y ponedlas en fila.

¿ Qué teneis por delante ? leed :

—Un gran discurso político !

—¿ Y detrás ?

—Una elocuente celebridad ; un candidato para cualquier cosa.

¡ Ah ! y después dicen que los nombres son secundarios !

Lo secundario es el hombre que nació detrás de los nombres ?

La revolución francesa, no habría podido divinizar el asesinato, la im-

piedad y el estrago, si no hubiera escrito en su bandera tres nombres prestigiosos.

—*Libertad! Igualdad! Fraternidad!*

Sólo el poder de la palabra *Libertad*, habría podido santificar la tiranía del Terror!

Sólo en nombre de la *Igualdad* habría podido sepultarse á María Antonieta en un ataud de 20 francos!

Sólo la *Fraternidad* habría erigido en altar la guillotina para que media Francia sacrificase á la otra media!

A la sombra de esos tres nombres sublimes se han cometido, y se cometerán hasta el fin de los siglos, los más grandes escándalos.

Pero jamás se pronunciarán sin que se estremezca de entusiasmo el corazón.

Esas palabras son como flores que sobrenadan en un lago.

—Pero el lago es de sangre!

Aquí mismo, la revolución más sangrienta y más trascendental, no necesitó la fascinación de una idea para allegar prosélitos.

Sus caudillos salieron de los campamentos.

Le bastó un nombre,—*La Federación!*

Ese grito sonó bien, y sin saber lo que significaba, los hombres volaron á buscar la muerte ó la victoria.

Un nombre pues, había armado la mayoría del país y empeñádola en una lucha heróica, pero interminable, porque la minoría contaba con elementos poderosos para equilibrar el número.

Era necesario poner algo más en la balanza para decidir la contienda. ¿Qué será?

Nada mejor que otro nombre,—*los godos!*

Mueran los godos!—gritaron y se hicieron superiores.

Apellidar *godo* al partido conservador, era sublevar contra él, todo el odio tradicional que el pueblo conservaba á Morales, Boves y Antoñanzas, era restablecer la guerra á muerte: era decretar la victoria.

La revolución triunfó, y la Federación, que sólo se había tomado como bandera, como nombre sonoro, como grito de guerra, se estableció en el país y se ha conservado por él poder de su nombre, aún gobernando los mismos que la combatieron.

Tanto así vale un nombre prestigioso, que sus mismos enemigos no se atreven á borrarlo!

En los campamentos federalistas de las selvas, *godo* era sinónimo de *ogro*, y cuando cojían un prisionero, se admiraban de que no tuviera garras.

Y aquí en Caracas, el nombre de *federal* causaba tal asombro entre algunas gentes, que cuando entraron triunfantes, después del tratado de Coche, los muchachos les rodeaban para ver si tenían rabo.

En prueba de la importancia del nombre, obsérvese que el maromero se llama—acróbata; el prestidigitador—artista: las botillerías—restaurants: las posadas—hoteles.

Todo tiende á mejorar su condición, mejorando su nombre.

Las mujeres casadas abandonan el apellido paterno cuando vale menos que el del marido, pero si vale más, cargan con los dos.

Los hombres no dejan de usar el apellido materno cuando vale más ó tanto como el paterno; pero cuando el materno quita, en lugar de añadir realce, se pasan sin él tranquilamente.

Gentes hay que cambian el de la madre por el de la abuela, cuando este es mejor.

Generalmente no hay cosa que envanezca más que haber heredado un nombre ilustre.

Eso es muy justo, sobre todo cuando no hay otro mérito.

Sin embargo, yo creo que vale más ilustrar un nombre que heredarlo.

Prefiero las cosas que cuestan trabajo.

Cualquier necio puede ser un gran heredero.

Pero ningún necio fundará jamás un patrimonio de gloria que haga de su nombre el blasón de una familia.

1880.

PESADILLA

Después de uno de esos días aciagos, en que todo conspira á ponernos de relieve la corrupción de la época, y toda la hez que hay en el fondo del corazón humano, no parecerá extraño que mi espíritu abatido y mi cerebro calenturiento, no me permitieran conciliar un sueño tranquilo.

En vano apelaba á los recuerdos agradables, y me fijaba en aquello que es bálsamo de todas las heridas y manantial, siempre fresco, de alegrías para mi corazón – los seres queridos de mi hogar!

Seguían chocándose en mi pensamiento las mil ideas que me atormentaban, tristes unas, amargas otras, desesperantes las más.

Yo no sé si estaba dormido ó despierto en mi sillón de estudio, pero yo he visto pasar ante mis ojos una multitud de sombras, que representaban las ideas que me habían dominado en el día.

Pasó primero *la Verdad.*

Era una criatura bella, con formas de mujer y vestiduras de arcángel: tenía alas y diadema.

Dejaba ver en la majestad de su figura que no era hija de los hombres.

La llevaban maniatada, de pié sobre un carro, tirado por leones, que rugían volviendo hacia ella la cabeza.

La escoltaba una muchedumbre in-

mensa, en que lucían trajes de todos los pueblos de la tierra.

En las primeras filas iban reyes, magistrados, guerreros, tribunos y mujeres que revelaban distinción en su compostura.

Después seguían gentes de todos los gremios sociales.

Cada uno arrojaba sobre la prisionera el lodo que encontraba á su paso, y *la Verdad* volvía la mirada tranquila, como si aquellos ultrajes fuesen más bien una ovación.

En medio de la multitud iban grupos de niños y de gentes sencillas que marchaban tristes, sin comprender el objeto de aquella que parecía fiesta infernal.

La Verdad, dirigía algunas veces una mirada compasiva á aquellos grupos inocentes y hacía ademán de hablarles, pero los reyes y los mandarines hacían redoblar los tambores; y

los rufianes, y los aduladores, y las mujeres prostituidas por el oro de los amos de la tierra, vociferaban y maldecían para ahogar la voz de *la Verdad*.

Entonces cruzaba por su faz divina una sombra de las tristezas de la tierra, y dos lágrimas rodaban de sus ojos.

—¿A dónde la llevan?—pregunté compadecido, á uno que iba y venía, agitando una bandera negra con manchas de sangre, y que sublevaba las pasiones con discursos envenenados, y ensañaba el odio con gritos de muerte y de exterminio.

—A la roca más escarpada, al abismo más profundo para arrojar á esta hipócrita y mordaz—me contestó, y brillaron sus ojos como dos brasas del infierno y crujieron sus dientes agudos y separados como los del chacal.

Insensatos! exclamé en mi interior, en vano pretendeis huir de su mirada severa y de sus juicios infalibles! La verdad no perece nunca: desde la más profunda sima se alzará su voz hasta el cielo para condenar vuestras iniquidades! Podeis engañar á los hombres, pero jamás á Dios: ni siquiera á vosotros mismos, porque dentro de vosotros ha creado Dios un tribunal donde constantemente oís la voz de la verdad! ¿Dónde hallareis un abismo bastante profundo para ahogar vuestra conciencia?

La Verdad siguió con su escolta de verdugos.

Un silencio profundo sucede á la algazara de aquella muchedumbre.

Todas las miradas se fijan hacia el Oriente, donde aparece una carretela de oro, tirada por veinte caballos que

devoran el espacio y levantan una nube de polvo.

Los penachos y el brillo de los arneses deslumbran como el sol.

Sirve de auriga *la Fama* que trae en una mano las riendas y en otra su clarín.

De pié sobre aquel carro triunfal, entre flámulas y gallardetes multicolores, aparece *la Mentira*, coronada de piedras preciosas; la faz riente; como rosas las mejillas; sueltos en largos rizos los abundosos cabellos y el seno descubierto como una bacante.

En una mano agitaba una banderola, y con la otra arrojaba flores artificiales de un cesto inagotable que tenía á su lado.

Un hurra estruendoroso resuena en el espacio al penetrar entre la multitud: el eco se dilata prolongándose hasta llegar á los confines de la tie-

rra: y todas las manos se agitan en señal de alegría.

La carretela hace alto y la muchedumbre se arrodilla.

Una tropa de sátiros medio desnudos, coronados de yedra, danzan alrededor del carro, al són de alegres panderetas. Ofrendas sin número son depositadas á los piés de aquel ídolo del siglo.

Después de estas ceremonias, *la Mentira*, agita su banderola en torno de la multitud; los caballos relinchan y parten como rayos entre una lluvia de flores que brota de todas las manos.

Un nuevo víctor retumba en los aires mientras se pierde en el horizonte la carretela deslumbrante.

La multitud quedó en silencio, como extasiada. Solo en un pequeño grupo que había permanecido de pie,

mientras los otros se arrodillaron, oí resonar una maldición.

Después pasó *la Ingratitud* en puntillas, callada, sin séquito ninguno, cubierta con un ropaje pardo y el rostro vuelto hacia un lado como para que no la conociesen.

Inútil disfraz! tanto me ha hecho sufrir, que la conocería hasta por el ruido de sus pasos cautelosos!

Seguía después *la Buena Fe.*

Iba entre un ataud, muerta; una túnica, blanca como el armiño, la servía de mortaja.

Sostenían el ataud cuatro hombres de figura distinguida que marchaban risueños y con paso firme.

Detrás del féretro seguía un grupo de vírgenes pálidas y llorosas, coronadas de azucenas y rosas marchitas.

Cada una á su turno, arrojaba una flor de su corona entre el ataud: al contacto de aquella flor, el cadáver se

extremecía como galvanizado y entreabría los ojos y la boca; pero al instante los labios se juntaban desdeñosos y los párpados caían con la pesantez de la muerte.

Allí no había esperanza!......

Después pasó *la Miseria.*

Era una vieja sorda, descarnada y pálida, nariz aguda, ojos juntos y consumidos, cabeza pequeña, cuello largo y recto.

Sus brazos, como las barras de una tenaza, sostenían una cornucopia, que arrojaba cáscaras secas, huesos, pedazos de hierro enmohecidos y cigarros apagados.

La seguían varios cortesanos, parecidos á los avaros que conozco: iban recogiendo todo lo que salía de la cornucopia y guardándolo cautelosamente para que los otros no se apercibiesen.

A los lados de la ruta se habían si-

tuado algunos ciegos, ancianos valetudinarios y niños huérfanos con hambre y frío, que extendían los brazos y pedían una limosna por amor de Dios.

La Miseria, como era sorda, no los escuchaba, y los avaros se miraban unos á otros y se reían, y despreciaban aquel clamor que partía el alma, y seguían recogiendo el tesoro que brotaba de la cornucopia......

Detrás venía el *Desencanto.*

Se veía como dibujada en un lienzo, la figura de un hombre sentado en un sillón; pálido el rostro, sin brillo los ojos, circundados de ojeras negras y surcos como de llanto: la boca contraída con un jesto de resignación, pero al mismo tiempo de inconformidad: los brazos cruzados y la mirada fija en el cielo, como quien, perdido en todos los rumbos de la

tierra, sólo espera en la divina justicia.

Al aproximarse el lienzo reconozco mi propia imagen, y un grito de terror se escapa de mi pecho! Despierto lleno de angustia, me veo delante del espejo y comprendo que soy víctima de una pesadilla espantosa.

1878.

INDICE

